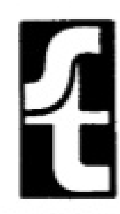

BRUGUERA
BOLSILIBROS
TERROR
Selección TERROR
Curtis Garland
DEDOS ASESINOS

CURTIS GARLAND

DEDOS ASESINOS

Colección SELECCION TERROR n.º 581
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 22.518-1984

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición en España: julio, 1984
1.ª edición en América: enero, 1985

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1984

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

576 — Horror absoluto. *Clark Carrados.*
577 — El viento de los muertos. *Curtis Garland.*
578 — Me parece que he muerto. *Ada Coretti.*
579 — Aguijón mortífero. *Joseph Berna.*
580 — La venganza de los espíritus. *Burton Hare.*

«Esta noche he vuelto a matar...»
Dejó de escribir un momento. Vaciló. Su mano temblaba ligeramente al empuñar la pluma, una vieja pluma estilográfica de las que ya apenas se usan, con punto y grapa de oro. La tinta era azul oscura, el rasgo afilado y seguro. Pero a veces, los trazos se quedaban un poco en el aire, como si aquella mano careciera de seguridad suficiente para terminarlos con energía. O como si la mente que movía esa mano tampoco fuese demasiado segura.

Luego prosiguió, hincando con fuerza la punta de oro en el papel, en un roce rasgado y crujiente:
«Tenia que matar. Y lo hice. No puedo evitarlo. Es necesario hacerlo. Absolutamente necesario, sí. No ha sido la primera. Tampoco será la última.
»Era bonita. Bonita y provocativa, lo admito. Estuve a punto de ceder a sus encantos. Pero supe resistir. Me siento fuerte. Cada día más fuerte. Sí, tuve suficiente voluntad para resistir su atractivo. No me sedujo la muy zorra, aunque bien lo intentó. ¡Pobre estúpida! No sabía que a mí el sexo no me ciega hasta ese punto. No el sexo como ellas lo entienden, claro. Porque, naturalmente, luego gocé, sí. Gocé de ella, de su desnudez. Pero sólo mientras apretaba y apretaba, y la veía retorcerse ante mí, con el miedo, la angustia y el horror reflejados en sus ojos...
»¡Qué hermoso espectáculo el de su final lento, implacable, preciso...! Sufría, y su sufrimiento me hacía sentir una rara felicidad que me hacía jadear, excitado. Todo terminó cuando acabé de apretar y ella dejó de forcejear y resistir Su cabeza cayó atrás. Yo sentí el climax de mi goce supremo y me sentí relajado, muy relajado.
«Cuando la abandoné allá, tras de mí, ya casi la había olvidado. Las fulanas como ella no merecen otra cosa. Ahora debo leer los diarios, ver la televisión, escuchar la radio. Dirán las mismas tonterías de siempre, hablarán de psicópatas y locos asesinos. ¡Qué necios son todos. Dios mío¿Yo loco, psicópata? ¡Qué estupidez! Soy inteligente, joven culto, educado, cerebral, sensible, equilibrado... Nadie sospecha de mí en esta localidad. Me saludan por la calle me respetan, me aprecian. Incluso muchas chicas me desean Un hombre como yo siempre es apetecible para las malditas solteras que desean cazar marido. Muchas jovencitas desean que las lleve en mi coche a la colina para ver si, encandilado por sus encantos, pico el anzuelo y las dejo embarazadas. Entonces la boda sería inevitable, en una comunidad de buenas costumbres como ésta... Y, sobre todo, tratándose de mí un hombre de buena posición, de medios abundantes, de familia distinguida...
»Pero esas pécoras jóvenes, astutas y sin decencia no saben cómo

soy yo. Me consideran tonto o atolondrado No les importa demasiado que mi mujer me abandonara en el pasado. De eso hace ya tiempo. Saben que. legalmente puedo considerarme soltero con un simple papeleo, y no'cejan en sus esfuerzos por cazarme. Yo lo sé. Y mamá lo sabe. tila me advierte siempre. Y yo la tranquilizo.

»No, mamá. No me cogerán fácilmente otra vez No habrá otra Agatha, palabra. Eso pasó. Una vez y no más Todas son como ella: falsas, obscenas, sinuosas, astutas y calculadoras. Saben lo que quieren y cómo conseguirlo Pero no conmigo. Ya no.

»Muriel era una de ellas. Pobre zorra... Ahora yace sin vida en aquel sitio, con el cuello roto, y con aquel estúpido gesto de terror en su cara bonita y necia...

»Estáte tranquila, mamá. No ocurrirá nada. Tu hijo Des mond no volverá a fallarte, te lo aseguro. Algún día. cuando sepas la verdad, te sentirás orgullosa de mí, pero ahora no puedo revelarte nada de nada. Lo siento, mamá. Nada...

»Tal vez más adelante, cuando otras hayan ido a hacer compañía a Muriel. a Fay, a Maggie...

»Eso será pronto, te lo prometo. Muy pronto. En cuanto se pase un poco la polvareda en torno a Muriel, buscaré a otra...

»Sí. la buscaré. Y tendré que volver a matar, como hoy. Como siempre...»

Desmond terminó su escrito. Abrió una gaveta de su mesa de trabajo. Cuidadosamente, retiró papeles, libros, una caja de sellos de correos. Luego, levantó lo que parecía ser el fondo del cajón y no era tal. Sólo se trataba de una tabla que cubría un doble fondo real. Allí depositó la cuartilla escrita. junto a otras varias allí apiladas, dentro de un dossier de cartón con el nombre escrito en tinta roja:

«Diario de Desmond Ellis»

Suspiró, cubriéndolo de nuevo con la tapa de madera, los libros, los papeles, la caja de sellos, y cerró la gaveta con llave.

Su rostro estaba calmoso, tranquilo, como si nada pasara y gozara de una serenidad total. Apagó la luz del despacho y se retiró hacia su dormitorio con lentitud. Al pasar ante una puerta cerrada, musitó en voz alta, respetuoso:

—Buenas noches, mamá.

Desde dentro de la estancia, la voz de mujer respondió. suave:

—Buenas noches, Desmond, hijo mío.

Subió las escaleras hacia su dormitorio. Tras la puerta cerrada se apagó una rendija de luz. Su madre ya iba a dormir tranquila tras desearle las buenas noches, como cada día.

Poco después, las luces todas de la vieja y lujosa mansión de los Ellis,

se apagaban por completo en la noche fría, helada, mientras en las calles se endurecía la nieve.
Allá, en la distancia, un coche patrulla de la policía hacía sonar su sirena. Un sonido ya familiar en cualquier ciudad. Una emergencia cualquiera.
Ya habían encontrado el cuerpo de Muriel Caine.

CAPITULO PRIMERO

—Muriel Caine. Camarera de restaurante. Veintidós años.
—¿No hay duda sobre la identificación?
—Ninguna. Es ella. Tiene su documentación. Coincide la fotografía. Además, la he visto a veces en el restaurante de la señora Whitecliff. Parecía una buena chica.
—Pues ya no es nada. Ni buena ni mala chica. Sólo un cadáver, sargento.
—Sí. señor —afirmó el sargento Harris, mordiendo la punta de su lápiz pensativo—. ¿Ha visto las huellas de su cuello?
—Por supuesto. Son las mismas. Las del caso de Fay Nel son y las del cadáver de Maggie Winters. Ya tenemos a tres: una mecanógrafa, una estudiante de pintura y una camarera. No hay mucho en común entre las tres, ¿verdad?
—Yo diría que nada, teniente.
El teniente Frank Loomish afirmó con la cabeza. Tenía fruncido el ceño y su rostro joven y animoso reflejaba una cierta irritación. Observó cómo retiraban el cadáver los de la camilla, y terminaba su trazo en tiza uno de sus hombres. Caminó hasta él.
—¿Qué le parece el asunto, Ryker? —quiso saber.
—¿Qué quiere que me parezca, teniente? Fatal —el detective de Homicidios local se encogió de hombros—. Otra vez esos horribles dedos... ¿Qué clase de monstruo es el que hace esto?
—No lo sé. amigo mío. Ni siquiera los expertos del labo-
ratono ni el forense se ponen de acuerdo. Esos dedos... —añadió, sacudiendo la cabeza con perplejidad.
No dijo más, dedicándose a pasear por la estancia con evidente malhumor. El recinto del crimen distaba mucho de ser respetable ni cómodo. Se trataba de una habitación típica de hotelucho barato. En las afueras de la población, cerca de la carretera norte. Acostumbraban a ir allí parejitas que no deseaban ser vistas por el centro de la ciudad. Después de todo, Rutland sólo tenía veinte mil habitantes escasos, y esa clase de asuntos siempre eran comidilla para muchas de socupadas.
Se preguntó quién podría ser el compañero de la joven que la acompañó hasta el hotel esa noche. Era inútil pensar en el viejo conserje. Llevaba unos gruesos lentes de mil dioptrías como mínimo. No veía apenas nada, ni tampoco se preo cupaba de mirar demasiado. Formaba parte de su trabajo, sobre todo si el cliente daba buena propina. Aquél la había dado. Lo confesó él mismo, como quien revela un grave delito.
Su descripción del hombre podía aplicarse a todos los hombres de Rutland, sin distinción de edad, costumbres y nivel social: llevaba

abrigo con el cuello subido, sombrero encasquetado hasta las orejas y guantes gruesos de lana. Cosa perfectamente natural cuando el termómetro marca doce grados centígrados bajo el nivel de cero.
Por lo demás, nada. Edad, indefinida. Podía tener veinti cinco, treinta o cuarenta años. ¿Por qué no cincuenta, bien llevados? Era igual. El conserje no sabía más. Recordaba a Muriel Caine porque la conocía. No, no era la primera vez que iba con un hombre al hotel. Era reincidente.

Tal vez se buscaba así un sobresueldo. O tal vez le gustaba. Había mu cha ninfómana incluso en una localidad tan respetable y decente como Rutland.
Frank Leomish se contempló en un espejo, meciéndose ligeramente sobre las punteras de sus gastados zapatos, las manos hundidas en los bolsillos. La imagen reflejada era la
de un hombre joven, demasiado joven incluso para ser teniente de Homicidios, pero no demasiado para vivir aun ahogándose en un lugar como aquél, en vez de estar en una ciudad como Chicago, Boston, Filadelfia o, ¿por qué no?, Nueva York o Los Angeles. Ser policía en una localidad provinciana como Rutland, donde los inviernos eran largos y gélidos, los veranos cortos y aburridos, y los delitos vulgares y sórdidos. aunque por fortuna escasos, no resultaba nada emocionante ni alentador.

Era tan difícil que en un sitio como aquél llegara a tener un éxito profesional lo suficientemente brillante como para conseguir el traslado, el ansiado ascenso...
Su rostro cuadrangular, firme y calmoso, sus agudos ojos grises, su rebelde pelo castaño y su elevada estatura, hubieran servido para representar en el cine o en la televisión al oficial de policía típico. Sólo ciertos matices, como una acusada sensibilidad, una ausencia de rudeza y una juventud considerable respecto a otros colegas suyos, hacían de Frank Loo-mish un policía atípico, a pesar de la primera impresión.
Ahora estaba desconcertado, y lo admitía. Aquel asunto no tenía sentido. No porque hubieran matado a una chica, camarera de profesión y después aficionada a las aventuras amorosas ocultas, sino porque había algo en todo ello que se salia de lo habitual en tales casos. Que apareciese de repente en Rutland un asesino de mujeres, capaz de eliminar en poco tiempo a una camarera, una mecanógrafa y una estudiante de Bellas Artes, no tenía mucho de insólito, por desgracia. Abundaban los sádicos asesinos de muchachas más o menos bellas y atractivas.

No en Rutland, pero sí en todos los sitios. Y en un lugar como aquél,

donde tanta gente reprimida fingía una moralidad y una estrechez de criterios que no sentía, era casi milagroso que no se dieran más aberraciones criminales de ese tipo.
Pero a Frank había algo que le inquietaba y sorprendía: los dedos.

Aquellas huellas de los dedos del asesino sobre las gargantas femeninas. No eran normales.

El forense, el bueno del doctor Flaherty, pensaba igual. Al menos, así había sido en los casos de Fay Nelson, la mecanógrafa de la Associated Pacific, y de Maggie Winters, la joven estudiante de pintura. Ambas con idénticas señales atroces en el cuello, los dedos del asesino virtualmente sepultados en su piel y su carne como si fuesen de acero, desgarrando los tejidos, rompiendo los huesos con su brutal presión. Eran huellas grandes, enormes casi. Manos de un ser bestial, dedos de un tamaño y poderío insólitos por completo. —¿Cabe la posibilidad de que el asesino sea un ser no humano, un simio por ejemplo, una mano ortopédica? ¿De que incluso pueda usar una mano artificial, accionada para causar esas lesiones atroces durante la estrangulación de la víctima? —había preguntado Frank al forense cuando la jovencita Maggie Winters fue hallada sin vida, con sus ropas desgarradas, semidesnuda, en un cobertizo de North Street. —

No —había negado categóricamente el médico—. No cabe esa posibilidad, Frank, porque las huellas son claras: dedos humanos, dedos de una mano normal, aunque desmesuradamente grande. Son dedos que podrían corresponder a un hombre de tres metros de estatura. Es lo único anormal. Eso, y su fuerza física al apretar. Pero un loco puede llegar a ser terriblemente fuerte, no significa nada. Lo desconcertante es el tamaño de esos dedos asesinos, amigo mío. Y así seguían las cosas.
Las violáceas huellas impresas por el criminal en el pálido cuello de Muriel Caine, eran las mismas de los otros dos casos: señales desmesuradamente grandes, como de una ma no colosal. Y la misma profundidad desgarradora, hasta arrancar la piel y astillar huesos de la garganta, romper parte de la tráquea... Algo brutal, inexplicablemente feroz.
—Bien, me voy —dijo bruscamente a sus subordinados, echando a andar hacia la salida del cuarto de hotel, con ges to malhumorado y casi hosco.

Salió a la calle. El conserje ni le vio. Frank meneó la cabeza, pisando la dura y crujiente nieve. Helaba intensamente. y la nevada se convertía en resbaladizo hielo en las calles de Rutland. Las luces

brillaban fantasmagóricas al reflejarse en el blanco. Ni un coche circulaba por aquella zona suburbana de la pequeña ciudad. Miró a un lado y otro, soltando vaho al respirar.
Los coches policiales hacían destellar con guiños rojos y azules sus faros de la capota. Los agentes uniformados paseaban por la acera o hablaban por radio con la central. Todo rutinario. Un crimen más. El tercero en poco tiempo.

Y no tenía ninguna pista. Ni una sola. Entre Fay Nelson y Maggie Winters no había existido el menor nexo en común. Posiblemente tampoco lo habría con Muriel. No eran víctimas elegidas con un móvil concreto. Eran mujeres al azar, escogidas por el asesino para sus infames propósitos. El forense había dicho que existían huellas de semen en el cadáver de Muriel. Pero no por causa de violación o de acto sexual completo. Había sido, más bien, un climax producido durante el estrangulamiento. Recordó con desagrado a la jovencita Maggie, la estudiante de Arte. Apenas dieciocho años. Casi una niña. El asesino desgarró sus ropas, la desnudó casi por completo en el cobertizo. Pero no la violó. No en el estricto sentido de la palabra. Se limitó a desnudarla mientras la muchacha. sin duda, gritaba aterrada en la soledad del viejo cobertizo apartado y desierto. Luego, gozó matándola. Eso era claro. Como con Muriel. Se trataba de un psicópata, quizá un impotente sexual que necesitaba ciertos estímulos para realizarse. Tendría que hablar con los psiquiatras del asunto. En la mayoría de casos criminales en que las víctimas son mujeres bien parecidas, el culpable abusa de su víctima. Aquí no se llegaba a producir ese hecho.
—Maldito loco —jadeó, recorriendo con la mirada las luces de Rutland, a través del límpido aire de la noche glacial—. Andas por ahí. tal vez aparentando ser el más normal de los tipos, quizá incluso eres respetado, un miembro de la mejor sociedad local. Y sin embargo, eres una fiera hedionda y asquerosa. Pero ¿dónde ocultas esas manos tan horribles9 ¿Cómo puedes esconder su deformación, su tamaño a ojos de los demás?
Eran demasiadas preguntas sin respuesta, un círculo vicioso sin salida posible. Estaba fatigado. Tenía sueño y se sentía irritado consigo mismo. Subió a su coche, hizo un gesto desganado al policía sentado al volante y le dijo que emprendiera el camino de su casa.
Rodaron por la ciudad desierta, patinando las gomas al doblar las esquinas por encima del asfalto acristalado por el hielo.
El Sun publicó la noticia en primera página, con una fotografía de Muriel Caine bastante sexy. conseguida de su propio álbum personal en su pequeño apartamento de alquiler en Center Street.
TERCER ASESINATO DE UNA BELLA MUCHACHA EN POCAS

SEMANAS.
«DEDOS ASESINOS» VUELVE A MATAR.
«Dedos Asesinos»...

El periodista había inventado ya ese nombre truculento con motivo de la segunda muerte ocurrida en Rutland la de la jovencita estudiante de pintura. Un dibujante del diario remataba el sensacionalismo de la noticia con una especie de burda reproducción de las huellas gigantescas de un hombre sobre el cuello de mujer, y un interrogante en rojo, encima del dibujo, era como una pregunta no formulada, hecha a todos los lectores ávidos de emociones macabras.
Frank gruñó, empezando a perder el apetito. Apartó el diario de un manotazo.
—Randy Fox y sus cosas —rezongó, apartando también
ia mermelada y la mantequilla, para limitarse a apurar su taza de café con leche. Saltó del asiento y se fue a vestir con rapidez para regresar al Departamento cuanto antes. El día era gris y tristón, pero no nevaba como el anterior. Sin embargo. estaba seguro de que no tardaría en hacerlo.

Una llamada telefónica le interrumpió anudándose la corbata. Tomó el teléfono, y oyó una voz familiar, la del sargento Harris, su hombre de confianza.
—Señor, tengo una información para usted —dijo Delmer con su característica eficiencia, sin malgastar nunca demasiadas palabras—. Una mujer llamó hace cosa de dos horas. Era relativo al periódico, ya sabe, el Sun. Afirma que conocía muy bien a Muriel Caine. Y desea hablar con usted.
—¿Le ha dado cita en el Departamento?
—Sí, teniente. Para las once. Supongo que le interesaba esa entrevista.
—Así es, sargento. ¿Quién es ella?
—Corinne Danvers. También es camarera en un snack de Rutland. Canadiense de nacimiento, y de veintiocho años de edad.
—Bien, voy para allá, sargento.
Colgó, echando a andar a toda prisa hacia la salida. Se había levantado tarde aquella mañana. Eran ya más de las diez, y aun así no se sentía descansado. Su sueño fue irregular y crispado. No pudo evitar soñar con mujeres desnudas, manos gigantescas y rostros convulsos por el terror y la agonía.
A las once en punto, el sargento Harris hizo pasar a su despacho a Corinne Danvers. Era una joven pelirroja, llenita. de busto llamativo y caderas ampulosas. Llevaba una falda demasiado corta para el clima reinante, pese a su chaquetón de pieles. Era una falda de cuero gris,

igual que sus botas. El conjunto resultaba muy llamativo, en especial cuando se cruzaba las piernas. Tenía unos muslos magníficos, y lo sabía.
—Bien, señorita Danvers —habló el teniente, procurando no mirar demasiado el panorama que la camarera exhibía ante él—. ¿Dice que tiene algo que decirme acerca de Muriel Caine?
—Sí, teniente —afirmó la joven, mirándole con fijeza, con cierto gesto de perplejidad, como si le sorprendiera encontrar se con un oficial de policía tan joven y atractivo—. Eramos amigas. Buenas amigas las dos, ¿comprende?
—Comprendo —Frank pestañeó—. Lo siento de veras. Habrá sido un rudo golpe para usted...
—Lo ha sido, sí —aseguró humedeciendo sus carnosos labios con la lengua, nerviosamente—. Pero no me ha sorprendido demasiado.
—¿ Ah, no? —el interés asomó en la voz de Frank— ; Por qué?
—Se lo advertí repetidas veces. Muriel era una chica mag nífica, una compañera ideal, pero tenía un defecto, si puede llamarse así: le gustaban demasiado los hombres.
—Eso suena a normal —sonrió Frank vagamente.
—Entiéndame, teniente. También a mí me gustan —le miró con más fijeza aún, antes de añadir—: Pero elijo mis compañías. Ella, no. Todo lo formal que era en su trabajo, tenía de irresponsable al elegir pareja. Se iba con cualquiera. Le dije que tuviera cuidado, que habiendo un asesino suelto por ahí, era peligroso no conocer bien a la compañía que una llevaba, sobre todo de noche. Se reía de mis advertencias Sobre todo la última vez.
—¿La última vez?
—Sí. Anoche mismo.
Frank contuvo el aliento. Miró a su visitante con gran interés.
—¿Qué pasó anoche, señorita Danvers? —quiso saber —Pasé por el restaurante de la señora Whitecliff. donde ella trabajaba. Me dijo que no iría conmigo al cine porque había conocido a un chico estupendo e iba a pasar la noche con él. Volví a advertirla. Me dijo que no pasara cuidado que esta vez se trataba de un hombre íntegro, todo un caballero, y de la mejor posición. No había el menor riesgo con él. Eso me tranquilizó en parte, y me fui sola al cine.

Nunca pensé que aquélla sería la última vez que la veía...
—Dios mió... Ella no mencionaría al hombre en cuestión, claro.
—No, no lo hizo. Era muy reservada para esas cosas. Pero parecía decir la verdad, estaba muy confiada con su nueva compañía. Y ahora... ya ve lo que pasó. Teniente, ¿cree usted que fue ese chico el que...?
—Mucho me temo que sí. De modo que ella pronunció la palabra

chico.
—Así es. Pero no significa mucho. Para ella, todos eran «chicos», aunque a veces supe que salía con auténticos «carrozas» de cincuenta años.
—Y añadió que era «todo un caballero, un hombre íntegro. de la mejor posición», ¿fueron ésas sus palabras?
—Poco más o menos, sí. Es lo que yo entendí, teniente.
—Entiendo, señorita Danvers. Su información puede ser nos muy valiosa. ¿Ella no mencionó en ningún momento alguna anormalidad en su nuevo compañero? Creo que sabe a lo que me refiero, claro...
—Sus dedos —afirmó la joven con un escalofrío—. No, no dijo nada de eso, por supuesto. Pero ella era algo rara en ese sentido. Nunca hubiera tomado por pareja a un inválido, un hombre con defecto físico o cosa parecida. Sentía horror hacia todo lo que significara mutilación, invalidez o miem bros artificiales, si se refiere a eso.
—Me refería a eso, en efecto, señorita Danvers —afirmó Frank con un resoplido—. De modo que debemos descartar que ese individuo pueda tener unas manos... digamos raras, deformes.
—Seguro —sonrió Corinne—. Si algo podía observar de inmediato Muriel en un hombre que le gustara, eran sus manos. Le encantaba ser acariciada, ¿comprende?
Asintió Frank al notar que su interlocutora enrojecía al mencionar el hecho. Imaginó fácilmente que a Muriel lo que le gustarían eran las caricias audaces, atrevidas. Su ninfomanía era cada vez más evidente. Pero eso añadía un aspecto insólito al caso: si el asesino tenía unos dedos anormales, como era claro por los tres crímenes cometidos, ¿cómo podía ocultarlo incluso a una futura víctima que no podía pasar por alto semejante detalle?
Era el punto desconcertante del caso. Siempre el mismo.
—Entonces, volvemos a la teoría inicial del Departamento —comentó Frank—: La existencia de unas manos supletorias unos dedos artificiales, a guisa de arma, tal vez articulados' mecánicos.
—Sí, eso explicaría esas horrendas huellas en su garganta —se estremeció la joven de modo ostensible.
—No esté tan segura de ello, señorita Danvers. Nuestro forense no opina lo mismo. El asegura que esas señales fueron dejadas por unos dedos perfectamente humanos, sin lugar a dudas.
—Entonces, no tiene sentido, teniente.
—Exacto. No tiene sentido —y lo dijo con voz desmayada, como si se hubiera golpeado contra un muro estérilmente. Paseó por el despacho, seguido por la mirada curiosa de su inquieta visitante. Al fin se detuvo, miró a la canadiense y añadió con suavidad—: Gracias por su ayuda, señorita Dan vers. Ha sido muy amable al venir a verme. ¿Está segura de que no puede aportar nombres de personas amigas

o conocidas de su compañera, alguien que pudiera ayudarnos a encontrar a su misterioso compañero de la noche pasada?
—Me temo que sea así. En todo caso, quizá Ben Francen pueda añadir algo más a lo que yo he dicho, pero lo dudo mucho.
—¿Ben Francen? —indagó rápido el joven oficial de Homicidios—. ¿Quién es? Me suena su nombre...
—Tiene que sonarle —sonrió Corinne Danvers— Ha te nido problemas con la policía local, según me contó Muriel Pero ella seguía frecuentando su local, y me llevó algunas veces allí. Nunca me gustó, pero a ella parecía encantarle, tal vez porque encontraba fáciles «ligues». Abundan los tipos que se insinúan y te hacen proposiciones poco o nada honestas.
—De modo que es eso. Un local nocturno...
—El Kiss Club de Western Road, sí.
—El Kiss Club —repitió Frank, chascando la lengua—. Ahora entiendo. Lo cerraron una vez los de la Brigada del Vicio. Estupefacientes o algo así, creo recordar.
—No me sorprende. Los lavabos apestaban a «porro». Y una noche encontré incluso una jeringuilla de plástico, de esas de usar y tirar, debajo del propio lavabo.
—¿Francen tenía alguna relación especial con Muriel Caine?
—Creo que sí, pero ella nunca se extendió mucho en ese asunto. Les vi bailar juntos un par de veces, ella le besaba y abrazaba como a alguien muy familiar, y a veces charlaban entre sí en voz baja.
—¿Sabe si Muriel era drogadicta en alguna forma?
—No, no lo creo. Ni siquiera la vi nunca fumar marihuana o hachís, palabra.
—Ese tal Francen es un hombre maduro, ¿verdad?
—Un «carroza», como se dice ahora —rió suavemente la joven camarera—. Sí. debe tener cincuenta años, pero aparenta algunos menos. Se cuida mucho a lo que se ve. Incluso debe teñirse sus canas de un blanco plateado para aparentar más atractivo. Y el color moreno de su piel no hay duda de que no lo produce el sol de Vermont. sino los rayos ultravio leta de las sesiones cotidianas.
—Es usted muy observadora, señorita —dijo Frank—. Veré a ese tal Francen, no lo dude. Ahora, por favor, déme sus señas en Rutland para que acuda a usted si la necesito de nuevo. Preferiría no tener que molestarla, pero nunca se sabe.
—Claro —le dictó su dirección y teléfono, que Frank anotó con rapidez en un bloc. Se puso en pie y tendió su mano al policía—. Celebro haberle podido ser útil en algo. Lo hago por la pobre Muriel. Ella no se merecía ese final. Puede que fuese algo ligera de cascos, pero era una buena chica. Y ahora... Ahora está...

No acabó la frase. Se le humedecieron los bonitos ojos claros. Frank apretó suavemente su hombro en vez de darle la mano.
—Serénese —la calmó—. Cuando se decida día y hora del funeral, la avisaré. Tendremos que hacerlo todo nosotros, porque no tenía familia al parecer.
—Sí, eso me dijo ella. Era huérfana y sin hermanos ni parientes. Pobre Muriel. No deje de llamarme. Quiero, al menos, estar en su entierro.
—Descuide, así lo haré.
La acompañó a la salida. Cuando volvió, atendió una llamada de Montpelier. Era la oficina del FBI en la capital del Estado, preguntándole si necesitaban ayuda federal en aquel asunto, y les respondió cortésmente que no, colgando de inmediato con gesto huraño.
—¡Federales! —rezongó despreciativo—. Siempre metiendo sus largas narices donde no les importa. Nosotros nos bastaremos para dar con ese degenerado.
Y se sentó, no demasiado convencido de que lo que decía fuese la verdad completa.

CAPITULO II

Valerie Crandall miró el reloj. Faltaban cinco minutos para terminar el trabajo. Dentro de esos cinco minutos, sonaría el timbre que señalaba el fin de la jornada laboral en los laboratorios de la Hausemann Chemical Industry.

La importante entidad químico-farmacéutica que daba trabajo a un considerable número de ciudadanos de Rutland, formaba un amplio complejo de edificios, jardines y naves encristaladas, en la suave loma situada al norte de la población, en la estatal siete, frente a la espléndida vista azul del lago Bomoseen, ahora completamente helado.

Valerie trabajaba en los laboratorios de experimentación de nuevos productos, en el ala oeste del edificio más alargado y cubierto de vidrieras de todo el complejo. Atrás, en otra zona separada de aquélla, se alzaban las instalaciones industriales de donde salían los productos farmacéuticos, abonos, fertilizantes y cuantos productos químicos creaba la ca sa, para su distribución por todo el país.

La luz del nuboso día invernal penetraba a través de las grandes vidrieras, iluminando nítidamente el aséptico recinto, repleto de personal ataviado con blancas batas y guantes de goma, alineados ante los bancos de pruebas de los laboratorios experimentales.

Junto a ella, Jenny Kirk manipulaba cuidadosamente un tubo de ensayo, ajena al parecer a la proximidad de la hora de salida. Jenny era siempre así. Le fascinaba tanto su trabajo, que ni siquiera se acordaba de que su jornada estaba a punto de concluir.

—Creo que tendrás que dejar para otro día la tarea —sonrió Valerie, al depositar su propio tubo de experimentación en su soporte—. Va a ser la hora, Jenny.

—Oh, sí, ni siquiera me había dado cuenta de ello —sus- ! piró su compañera, como si saliera repentinamente de un sueño—. Se me ha hecho muy tarde. Y estoy segura de que esa sustancia que tanto desea el doctor Winfield está a punto de I salir, si no me falla la idea...

—Puedes terminar de buscarla el lunes —rió suavemente Valerie—. Hoy es viernes, y supongo que durante el fin de i semana no pensarás en productos químicos. Con esta nieve, resulta más bonito ir a patinar al lago o a esquiar a las montañas, ¿no te parece?

—No, no —rechazó Jenny, contrariada—. Creo que me ¡ quedaré un rato más, por si logro dar con ello antes de abandonar el laboratorio hasta el lunes.

—Como quieras —suspiró su compañera—. No eres la única que acostumbra a quedarse más tiempo del obligado en este recinto,

buscando nuevas maravillas químicas. Pero yo, desde luego, no llego a tal extremo de sacrificio. j
Sonó la sirena marcando la hora exacta. Comenzó el movimiento de personal, camino de la salida. La tarde comen zaba a caer, y la luz nubosa del exterior se agrisaba por , momentos.
—Te dejo, Jenny —Valerie se quitó su bata, que colgó en el lugar adecuado, encaminándose a la salida—. Suerte en tu trabajo. ,
—Gracias, Val —sonrió su compañera—. ¿Te espera J Frank acaso?
—No sé. Creo que tiene mucho trabajo. Si no, yo iré a ! buscarle.
—Que lo pases bien. Val. Hasta el lunes.
—Hasta el lunes, querida —se despidió Valerie jovialmente. desapareciendo entre las docenas de empleados de ambos sexos que se apresuraban a abandonar el recinto.

Cuando llegó abajo, una grata sorpresa la esperaba. Un coche se detenía justo ante la alta verja de la factoría quími ca, y un hombre alto, rápido y arrogante, bajaba de él, diri giéndose a su encuentro.
En ese preciso momento, tropezó con alguien de blanca bata que penetraba con rapidez en el edificio de laboratorios con aire distraído.
—Oh. perdón —se disculpó el hombre, parándose en seco con gesto aturdido—. Lo siento. Val.
—No te preocupes —sonrió ella—. Es habitual en ti. Siem pre vas pensando en cualquier cosa, ¿no es cierto?
—Sí, tienes razón —había cierto tono de culpa en aquella afirmación del joven delgado, nervioso, de pelo rubio, liso y revuelto. Se humedeció los labios, mirándola a través de las lunetas de sus bifocales, que se quitó con mano insegura—. Por culpa de mis distracciones, acabo de olvidar que dejé arriba unos apuntes y un frasco con una mezcla experimental para un nuevo fertilizante. Iré a buscarlo. ¿Quieres que te lleve a alguna parte. Val? Tengo el coche aquí mismo...
—No, gracias. Eres muy amable, pero ya viene mi prometido a recogerme —señaló hacia el joven atlético que llegaba ya adonde ellos charlaban—. Hola, Frank, cariño.
—Hola, Val —miró a su interlocutor e hizo un gesto con la cabeza, a modo de salutación, contestado tímidamente por el joven de bata blanca.
—¿No os conocéis? Te presento a mi novio. Des. Es el teniente Frank Loomish. de la policía local. División de Ho micidios. Frank. éste es el jefe químico de mi departamento. Desmond Ellis.
—Celebro conocerle —dijo Frank distraídamente, estrechando la delgada mano nerviosa de su interlocutor.
—Y yo. teniente —habló Desmond Ellis con voz crispada que ninguno de ellos advirtió—. Tiene mucha suerte de tener por prometida a Val.

Es una gran chica, además de una eficiente colaboradora.
—Lo sé, gracias —sonrió Frank Loomish, tomando por los hombros a Val y besándola en los labios fugazmente—. ¿Vamos, querida? Lamento haber llegado algo tarde, pero el asunto de esos crímenes me ha dado mucho trabajo.
—Oh, sí. los crímenes... — Valerie asintió, frunciendo el ceño—. Algo horrible, ¿no es cierto. Des?
—Sí, sí. desde luego —humedeció sus labios Desmond Ellis repetidamente—. Horrible de verdad.
Se alejaron los dos novios hacia la salida, entremezclados con el personal de los laboratorios y oficinas. Ellis les con templó largamente desde la puerta. Luego, entró en el edificio con sus andares inquietos y llenos de nerviosismo.
* * *
«Hoy he conocido a ese polizonte.
»Fue una rara sensación la que experimenté. Pensar que me tenía tan cerca, tan cerca... y ni siquiera lo imaginó. ¿Cómo podía imaginarlo ni él ni nadie?
»Seguro que anda loco detrás de mí. Intenta saber quién mató a Muriel, a Fay, a Maggie. Pobre imbécil. Muy alto, muy fuerte, muy guapo, muy seguro de sí mismo... pero no sabe nada de nada. Nunca lo sabrá.
»Me molesta que sea novio de Valerie. Es una chica bonita. Me gusta. Creo que incluso me gusta más de lo que me gustó Agatha en su día. Agatha... Maldita sea ella, la muy zorra... No, no debo comparar a Valerie con ella. No se merece algo así. Val es una chica estupenda. Agatha era una perra asquerosa. Esté ahora donde esté, el diablo la tendrá en sus manos, como merece.
»De modo que ése es el tipo que debe encontrarme a mí. Frank Loomish, teniente de policía.

Un palurdo, un funcionario vulgar, mediocre y tosco. Carece de inteligencia, de sensibilidad. Se lo contaré a mamá cuando la vea. Se va a reír. Claro que ella no sabe, no puede saber... Pero se reirá de saber que el policía que tiene que encontrar a un asesino listo y hábil como pocos, es un simple palurdo sin clase. El no es un Ellis. claro. Por eso no me gustó verlo con Valerie. Esa chica tiene clase, distinción. No es una zorra como Mu riel y las otras. Es distinta. Me gusta, sí. Me gusta mucho. pero eso mamá no debe saberlo. No le gustaría que yo pen sara así de otra chica. Diría que con lo de Agatha ya hubo suficiente. Y quizá tenga razón. «Quizá-»
—¿Eres tú. Desmond. hijo mío?
—Sí. mamá, soy yo.
Ella nunca le llamaba «Des», como los compañeros de trabajo. Le

hubiera horrorizado esa forma de pronunciar su nombre. Era demasiado señora para bajar a utilizar diminu tivos. Los consideraba vulgares, impropios de gente dis tinguida.
—Llegas algo tarde.
—No pude evitarlo, mamá —se excusó él casi sintiéndose culpable. Y tragó saliva—. La carretera estaba imposible. Con eso del fin de semana, ya sabes cómo se ponen las rutas de salida de la ciudad... Y eso que parece que va a nevar otra vez y hace un frío infernal.
—Ya basta —cortó Glenda Ellis secamente—. No te pido excusas. Sólo me sorprendía tu tardanza. Imaginé por un momentó que salías con alguna chica.
—¿Yo? —pestañeó Desmond vivamente, enrojeciendo de súbito—. ¿Por qué había de hacer tal cosa, madre?
—No sé. Supongo que porque eres un hombre virtualmente soltero en estos momentos, y necesitado de una chica, como cualquier otro —señaló ella con frialdad, manteniendo sus ojos azules, pequeños y astutos, fijos en él desde su rostro aparentemente bondadoso, surcado de finas arrugas la tez suave, bajo la cabellera blanca y ondulada, peinada cuidadosamente hacia atrás como pudo haberlo hecho de jovencita, allá por los años cuarenta. Sus delgadas manos casi aristocráticas se apretaron sobre su chai oscuro, en el pecho erguido, como dos suaves garras marfileñas—. ¿No fue así, Desmond?
—No, mamá, claro que no. ¿Con quién podría yo haberme entretenido viniendo del trabajo?
—Tal vez con esa joven compañera tuya que nombraste algunas veces... Vanessa, ¿no es ése su nombre? '
—No, no —rechazó Desmond, volviendo a enrojecer de forma intensa —. Valerie... Se llama Valerie Crandall, y trabaja en Investigación.
—Entiendo —los ojos de la anciana brillaron como dos aguamarinas heridas por el nublado y frío sol de Vermont—. Valerie, sí. ¿Es bonita?
—Mucho —tartamudeó Desmond, sintiendo que el sudor se adhería a su camisa, pese a la baja temperatura reinante, sólo combatida en parte por la escasa calefacción de la vivienda señorial en Arlington Road—. Muy bonita, sí. Pero no significa nada.
—¿No? —las finas cejas entre rubias y canosas de la señora Ellis se arquearon, como dos interrogantes—. ¿Por qué, querido?
—Bueno, ella... es una buena compañera, nada más —se manoseó ambas manos entre sí estúpidamente—. No se ha fijado en mí. No tiene por qué.
—Yo pieso que sí tiene por qué —le enmendó con sequedad no exenta de cierta ternura algo distante—. Eres un hombre joven, atractivo, simpático, inteligente... y rico. Cualquier chica se fija en un hombre así, hijo mío. !

—Bueno, mamá, eres muy amable... —sentía el fuego en su piel hasta la raíz misma de sus cabellos. Se pasó los dedos por éstos en un gesto que a él mismo le pareció ridículo pero inevitable—. De todos modos, ella... tiene ya un chico, un amigo... o lo que sea.
—Entiendo. Está comprometida.
—Algo así, sí.
—¿Por qué no tratas de competir? Estar comprometida no significa estar casada. Y si esa chica es decente, digna de ti..., puedes luchar por ella.
—No sé si debo, mamá...
—¿Por qué no?
—Bueno, tú sabes... Está Agatha todavía...
—¡Agatha! —era como si hubiese mencionado al mismo diablo—. Te dije un día que no mencionaras nunca más ese nombre en casa. Nunca. ¿Quieres seguir viviendo de ese recuerdo odioso, tener en tu mente noche y día a aquella sucia ramera indigna que te cazó miserablemente?
—No, mamá, claro que no —se apresuró a negar—.Yo nunca dije eso. Yo deseo olvidarla, pero..., pero ella sigue siendo legalmente mi..., mi...
—¡Ella, legalmente, no es nada ya para ti! —replicó tajante la madre —. Hay que dejar eso arreglado de una vez por todas. No sé cómo eres tan descuidado, tan torpe en tus cosas. He cursado un escrito al juez Marlowe. Ya sabes que es un buen amigo. Pues bien, el juez tratará de localizar de alguna forma a tu mujer. Si da con ella, le notificará nuestro deseo de demanda de separación inmediata, sin indemnización alguna, por ser ella quien abandonó el hogar sin justificación de ningún género. Si no comparece en un plazo prudencial, dictará tu separación legal a todos los efectos y volverás a ser libre. Eso llevará sólo unos pocos meses, Desmond. De modo que si quieres unirte a una mujer digna de ti. aún estás a tiempo.
—Mamá, me siento bien solo, a tu lado...
—Yo no viviré siempre. Eres joven. No esperarás que resuelva siempre todas tus cosas, ¿no? Necesitas una mujer que no sea tu madre.
—Pero, mamá, una vez eso no resultó...
—Porque elegiste a una zorra.

—Mamá, Agatha parecía buena chica, incluso la noche de I la boda me sentí feliz, pensé que ella también lo era... I
—¡La noche de la boda! —repitió ella con sarcasmo. Y soltó una desagradable carcajada. Le miraba con un despreció doloroso ahora —. No me recuerdes cosas grotescas. ¿Es que aún piensas en esa maldita noche? ¿Por qué, entonces, no entras otra vez en tu alcoba

nupcial, Desmond?

Retrocedió el joven como si le hubieran golpeado de lleno con un mazo. Temblaba su boca, convulsa, y asomaban espumarajos lívidos en las comisuras de sus labios al jadear, crispado:
—No, mamá, no, por favor, eso no... La alcoba, no. Nunca entraré allí. ¡Nunca! Lo juré. Está cerrada para siempre...
—Para siempre... hasta que otra mujer digna pueda ocuparla, ¿lo recuerdas? Ese fue, exactamente, tu juramento —le recordó la dama con voz incisiva.
—Sí, sí —se tapó los oídos con ambas manos, como si las palabras maternas fuesen agujas hirientes en sus tímpanos—. Pero esa mujer aún no ha llegado a mi vida, no me tortures más, mamá. Aquella noche quiero olvidarla, como la alcoba, como todo...
—¿Por qué? ¿Por qué quieres olvidarla? ¿Por Agatha? ¿Porque se burló de ti, porque reía y reía, llenando la casa con sus risas, mientras tú llorabas tu impotencia desnudo, sentado en tu cama?
—Mamá, por favor... —las lágrimas corrían por sus mejillas encendidas—. Eso no, eso no... No lo menciones más...
—Debo mencionarlo, hijo —le atrajo hacia sí, le rodeó con sus brazos, acarició sus cabellos como podría hacerlo con un niño y él, llorando, apoyó su cabeza en los senos abultados y aún firmes de su madre—. Debo mencionarlo, porque es la verdad. Tu hermosa, tu deseable Agatha, estaba semidesnuda, provocativa, buscando macho... y tú le fallaste. Tú eras impotente. Ella se enfureció, luego se puso a reír, se burló de ti... Y te dejó. Te dejó porque no sabías hacerla feliz como hembra. ¿Por qué, Desmond, hijo mío, por qué? i
—Mamá, mamá... —gimió, como un bebé, acariciando a su madre, tocando su busto sin apenas advertirlo—. Sólo te quiero a ti, sólo tú eres buena, sólo tú me entiendes...
Ella sonrió, acariciándole con más firmeza. Parecía hala gada, feliz, igual que si su niño tuviera sólo unos meses y necesitara de toda su ternura maternal. Desmond jadeaba, besándola tiernamente. Notó ella su repentina rigidez, su sus piro, luego su laxitud repentina, tras una convulsión.
—Hijo mío, Desmond... —musitó, cerrando sus ojos, feliz—. Te quiero, mi niño...
Desmond se apartó bruscamente de ella. Sus ojos brilla ban coléricos. Se había transfigurado algo en él. Miró a su madre casi rabioso.
—¡Te odio! —aulló de repente—. ¡Te odio! ¡No puedo seguir siendo un niño! ¡No puedes tenerme a tu lado como a un bebé!
Echó a correr escaleras arriba, frenético, trompicando en cada escalón, llorando y maldiciendo. Glenda Ellis sonrió, siguiéndole con su helada mirada azul. Luego soltó una carcajada.

—Pobre niño mío. pobre imbécil indefenso... —susurró—. Siempre igual...
Meneó la canosa cabeza arrogante con indiferencia, arre gló su corpino desordenado por las febriles caricias de su hijo. Y volvió a encerrarse en su gabinete, mientras arriba sonaba un portazo y la sonrisa flotaba, serena y cruel a la vez. en los labios delgados e implacables de la señora Ellis de Arlington Road.
No pudo oír las palabras roncas que pronunciaba Desmond Ellis. ya en su habitación, arrodillado junto a su cama. entre sollozos.
—La mataría... La mataría... si tuviera valor para ello.
Pero tal vez de haberle oído, tampoco Glenda Ellis hubiera hecho demasido caso de las histéricas amenazas de su hijo.
Se sentía demasiado fuerte, demasiado segura de sí misma para una cosa así.

CAPITULO III

Frank Loomish respiró fuerte. Exhaló una densa bocanada de vapor.
Hacía frío. Mucho frío. Y nevaba otra vez. No mucho, pero nevaba. Los copos eran como blancos papelillos húmedos que rozaban el rostro, las manos, y se posaban mansamente sobre las ropas, para diluirse en pocos segundos hecho agua. La humedad elevada reinante hacía que costara cuajar sobre el suelo aún salpicado de zonas heladas y sucias que la limpieza municipal no había logrado combatir del todo.
Miró el luminoso parpadeante, de colores llamativos. Unos grandes labios rojos en fluorescente, parpadeaban también, insinuando besos culpables en la oscuridad de la noche, encima de la puerta del local. Era, sin duda, un distintivo adecuado al nombre del local (1).
Frank Loomish entró, saludado por el portero de librea, que sin duda le conocía de algo, dada la obsequiosidad de su reverencia. El Kiss Club se mostró ante el joven policía repleto de gente, ruido y humo. Se cruzó con una rubia joven y exuberante, cuyos enormes pechos casi le estrujaron contra el muro del angosto pasillo de acceso al local.
—Perdona, amigo —se excusó ella con una sonrisa provocativa en su boca, tan roja y carnosa como el neón del exterior—. ¿Te molesto?
—Claro que no —respondió Frank, que se conocía bien el truco—. Hay cosas que no pueden molestar, encanto.
—Eso está bien —rió la rubia, apretándole más aún entre la pared y la contundencia maciza de su busto—. ¿Quieres sentirlo más de cerca y para ti solo, guapo?
Era la peor y más descarada técnica profesional en estos casos. Debía de ser una fulana barata, pensó Frank, logrando escabullirse de aquellos acosadores pechos de mujer con una finta hábil.
—No, gracias —respondió, escabullándose—. Estoy ocupado.
—Ya me extrañaba... —refunfuñó ella malhumorada, reanudando su camino con un bamboleo de caderas ceñidas por raso escarlata—. Hay mucho mariquita suelto hoy en día.
Salió del club, mientras Frank sonreía, abriéndose paso , entre los asistentes del local. Abundaban las chicas alegres como aquella rubia opulenta, los ejecutivos ávidos de tomar una copa y charlar con alguien que fingiera escucharles para resarcirse un poco de la indiferencia de sus aburridas esposas. Otros acababan ligando con su pareja y se iban a acostar con ella. Algunos se conformaban con meterles mano un poco o bailar muy ceñidos en una pequeña pista, a los acordes de la música enlatada elegida por el disk jockey de turno. En algunos rincones oscuros, incluso era posible percibir jadeos y movimientos sospechosos, a los que nadie hacía demasiado caso.
Frank pidió un zumo de frutas sin alcohol. El barman le sirvió,

mirándole como si fuese un astronauta. A Frank nunca le gustaba tomar alcohol cuando trabajaba.
Tomó un sorbo y se dirigió a un camarero que pasaba por su lado.
—Busco a Ben Francen —dijo brevemente.
—Lo siento. El jefe está muy ocupado. No recibe nunca a nadie —contestó el camarero mirándole casi compasivamente, mientras se disponía a pasar de largo.
Frank le sujetó vivamente por un brazo, frenándole en seco. Le mostró su credencial con disimulo.
—Insisto —dijo, seco—. Tengo que hablar con tu jefe.
El camarero tragó saliva. No parecía feliz de verse ante un policía.
—Eso es distinto —gruñó—. Al fondo de la pista. Las cortinas, justo donde luce el luminoso de los servicios. Tome la puerta derecha y llame al fondo del pasillo. Posiblemente haya un tipo que trate de detenerle. Enséñele la credencial o le hará daño.
—Lo sentiría por él —rió Frank—. Yo seria el que le haría daño a él.
Soltó al camarero, que se apresuró a largarse. Apuró un poco más su vaso y caminó hacia el lugar señalado por el empleado del club.
Mientras tanto, allá afuera, sucedía algo que hubiera interesado enormemente a Frank Loomish, si lo hubiera sospechado por lo más remoto.
Y la protagonista del suceso no era otra que la rubia exuberante del pasillo, la fulana de los senos enormes y el vestido rojo de satén, ahora cubierto en parte por un abrigo de pieles barato y rollizo.
* * *
—¿Cómo te llamas?
—Kathy —dijo ella, mascando goma ostensiblemente entre sus rojos labios carnosos.
—¿Cuánto cobras?
—Oye, guapo, no te andas con rodeos —rió ella con gesto divertido.
—Me gusta ir al grano.

—Está bien, como quieras. Después de todo, tú eres el que paga. Mi tarifa es de cien dólares. Con trabajos extras, ciento cincuenta.
—Está bien, toma los ciento cincuenta —replicó él. tajante, poniendo en su mano un puñado de billetes nuevos y crujientes—. Vamos ya. Tengo prisa. '
—Vaya, eres uno de ésos. Nervioso y con gustos raros. ¿eh? —se mofó la ramera, colgándose del brazo del hombre joven y arrogante que, embutido en un abrigo oscuro y cubierto con un sombrero también de tono semejante acababa de pagarla—. ¿Adonde vamos? Aquí hay un hotelito...
—No —negó él secamente—. Mi coche está ahí. Yo te llevaré adonde quiera.

—Bueno, bueno. Ya dije que tú pagabas —mascó chicle y su lengua hizo un chasquido tosco, casi obsceno—. Adelante, querido.
—No me llames asi —cortó el hombre, ronca la voz, andando rápido con ella por la acera más oscura de la calle—. No soy nada tuyo. Sólo compañero por un rato, ¿está bien ¡ claro?
—Desde luego, hijo —se mofó ella, encogiéndose de hombros.
—¡Y tampoco me llames «hijo»! —rugió él, apretándola de tal modo el brazo que casi la hizo gritar de dolor—. Cállate. Sólo soy Sam para ti.
—Sí, Sam, como quieras —se apresuró a decir ella—. Me haces daño, suéltame...
—Claro. Perdona —siguió adelante, a zancadas, hacia un cercano aparcamiento donde entraron, recogiendo un coche color azul oscuro en el que montaron ambos, saliendo al exte rior bajo la tenue nevada.
Le miró de soslayo mientras se rascaba el muslo sobre la i media. No le gustaba su pareja de aquella noche, pensó J Kathy. Era generoso. Y tal vez sería exigente. Pero para eso i pagaba. Le fastidiaban los tipos raros, pero eso formaba par- j te de su trabajo, después de todo. Allá él con sus perversiones sexuales y sus traumas o fetichismos. Su larga experiencia en la cama le había enseñado que pocos hombres eran realmente normales en ese terreno. Tal vez porque para eso ya tenían a sus esposas.
De repente, el coche frenó. Kathy miró por las ventanillas. No vio luces ni puertas, ni nada. Sólo oscuridad. Oscuridad y nieve, como blanquecinos fantasmas diminutos, flotando en la noche.
—¿Dónde estamos? —preguntó—. No veo nada.
—Estamos en North Lañe —dijo él. seco, cerrando el encendido.
—¿North Lañe? —ella pestañeó, mientras sus inmensos pechos subían y bajaban a ritmo creciente—. Oye, guapo, eso está muy apartado del centro. Es un sitio solitario. No sé que haya hoteles ni apartamentos en este callejón. Sólo un canal y un matadero.
—Eso es —rió él, complacido, mirándola bajo el ala de su historiado sombrero flexible, color gris plomo, más adecuado para una vieja película de Bogart que para la época actual—. Basta con el canal. Y con el matadero, claro.
—Creo que te entiendo —dijo ella, con un suspiro de fastidio—. Eres de los que te gustan hacer el amor en el coche...
—Algo así.
—Haberlo dicho antes —se expresó la rubia Kathy, bajandose la ropa sin pudor, y dejando libres dos inmensas moles de carne que se desparramaron obscenamente ante la cara perpleja, casi sepultándole el rostro en la canal—. Vamos, empieza.
El empezó. Kathy dominó su risa con dificultad. De modo que era eso. Un tipo de obsesiones mamarias. Abundaba mucho en América últimamente. Se volvían locos por los pechos gigantescos. Un retorno

a la infancia, imaginaba.
Lo dejó succionar, acariciar, casi estrujar. Le hizo daño. El tipo se iba excitando, se volvía rojo, casi púrpura el ros tro joven y agraciado. De repente, se puso pálido cuando ella descocadamente se desprendió la cremallera y sus muslos se abrieron ante él, con sus negras mallas y el liguero insinuante. Kathy trató de excitar más a su pareja, inclinándose
sobre él para iniciar una de las técnicas en que era más experta.

Se sorprendió. Era tarde. El tipo ya estaba en su climax.
Jadeaba, convulso, sus ojos en blanco, la faz lívida, los labios espumeantes... No pudo hacer nada, salvo contemplar muy de cerró el orgasmo de su pareja. L
Y, de repente, chilló horrorizada, incrédula, mientras el hombre exhalaba quejidos de placer, pegado al busto. Miró las manos del individuo, aterrada. '
—Lo..., lo siento... —jadeó él roncamente—. Sucia zorra... Mereces morir. Como lo merecen todas... Sólo sabéis eso, provocar, sentir como animales... No sois como ella,
¡ tan tierna, tan dulce, tan limpia como mamá... ¡Muere, perra asquerosa!

Kathy quiso gritar. No pudo. La mano, aquella mano que la aterraba, se cercó sobre su boca, apretó luego su cuello, lo estrujó como antes hiciera con sus senos...
En la penumbra del coche, crujieron huesos y cartílagos. cedió la carne, se desgarró la piel... Unos dedos horrendos penetraron virtualmente en la garganta femenina, como
instrumentos de muerte, destrozando y reventando tejidos con su presión insoportable.
Los ojos de Kathy se desorbitaron, boqueó convulsa, sus piernas se agitaron en vano, desnudas y patéticas, los pechos desnudos bailoteaban más flaccidos que nunca, mientras los labios rojos eran como una grotesca mancha de color sobre una faz de un blanco lívido, espectral.

Así se quedó, encogida sobre el asiento, inmóvil, crispada, muda para siempre, con sus ojos vidriosos mirando a la nada.
Resopló el asesino. Su mano zurda aferró la derecha que acababa de destruir aquel cuello de mujer terriblemente. De la boca del hombre escapó un gemido ronco. j

—Dios mío... Mamá, mamá... Te odio... Te odio... ¿O te amo? No sé, no sé...
Miró con horror supremo aquel cuerpo inerte, su rostro convulso.

Luego, el gesto de su faz pálida se tornó despecti vo. Escupió un insulto soez sobre el cadáver.
Y abrió la portezuela, arrojó fuera el cuerpo, que rodó sobre el asfalto mojado de nieve derretida, hasta golpear el muro sucio, donde quedó acurrucado. El puso el coche en marcha.
Regresó a Arlington Road. Se sentía satisfecho. Satisfecho y feliz. Muy feliz.
—Ya vuelvo a casa, mamá —susurró, la mirada fija ante sí, las manos al volante, normales como las de cualquier otro mortal—. Ya vuelvo... Yo siempre vuelvo, mamá querida... Ya hay una menos. Una zorra menos, mamá...
* * *

Era un hombre flaco, escurridizo, moreno, de edad madura. cabello muy canoso y facciones vulgares. Escudriñaba a la gente con unos ojos pequeños y fríos, llenos de astucia y desconfianza. Frank Loomish estuvo seguro de que si hubiese intentado aferrarle entre sus manos, se le hubiera escapado como una anguila.
El smoking, sin embargo, le sentaba bien a su delgada figura, aunque dándole un cierto aire histórico, más propio de un viejo personaje de películas de gángsters que de unos tiempos actuales. Incluso la flor en el ojal —no se atrevía Frank a suponer que fuese una gardenia—, tenía aroma de otras épocas.
—Conocía a esa chica, Muriel —admitió Benedict Francen con un movimiento de cabeza, como quien reconoce haber visto alguna vez al mozo del ascensor—. Era una de tantas en mi club, teniente. Muchas vienen aquí a ligar por una y otra razón, no tiene nada de extraño. Una ciudad pequeña. como Rutland, no tiene muchos lugares para relacionarse de modo digamos informal y algo pecaminoso. No se puede olvidar que estamos en Nueva Inglaterra, no en California o en Nueva York.
—Lo sé, Francen —asintió Frank—. Pero su club no tiene buena fama aquí.
—¿Pues qué esperaba? —rió burlonamente él—. La gente de Rutland es puritana, está llena de ridículos prejuicios. Todo lo que es diversión le parece pecado. i
—Yo no hablo de la gente, Francen, sino de la Brigada J del Vicio. No trabajo con ellos, pero conozco muchos de sus , pasos. Este local figura entre sus objetivos predilectos. !
—Oh. eso... —hizo un gesto de fastidio—. Por favor, teniente, usted sabe lo que son las cosas. Hay personas desocupadas que hacen denuncias absurdas...
—Se han encontrado aquí huellas de drogas...
—¿Y qué? ¿Cree que puedo controlar a mis clientes? No estamos en

los años veinte, teniente.

Hoy en día, los jóvenes fuman «porros», se inyectan o «snifan»... Es el signo de los í tiempos, no lo he inventado yo.
—Es posible. Dejemos eso, Francen. Ya le dije que yo no soy del Vicio, sino de Homicidios. ¿Seguro que Muriel Caine i no era nada especial para usted?
—¿Para mí? —se sobresaltó ligeramente—. ¿Qué quiere I decir con esto?
—Justo lo que he dicho. ¿No tenía amistad personal con ella?
—Hablamos algunas veces, como con las otras. No, nada especial, teniente.
—Yo tengo otros informes, Francen. A veces bailó con ella, se abrazaban...
—Ella puede que me abrazara a mí. Era una chica extrovertida, afectuosa. Yo diría, si no fuera ofender en cierto modo su memoria ahora que está muerta, que tenía claros I indicios de ninfomanía. Pero la verdad es que nunca me insinuó nada concreto. Se limitaba a ser efusiva, a pedirme un baile y pegarse mucho a mí, a abrazarme o besarme repentinamente... Nunca pasó de ahí.
—¿No era una prostituta? Quiero decir, ¿sabe si cobraba por ir con un hombre?
—No, no lo creo —Francen se pasó una mano cuidadosamente por sus brillantes cabellos plateados—. Más bien era de la clase de chica que busca pareja por simple placer. Aquí vienen también de esas otras, pero se definen claramente en seguida.
—¿Conoció a alguno de sus ligues, Francen?
—Diablos, claro que no —sonrió desdeñoso—. Yo nunca me fijo en esas cosas. Muriel Caine no era nada importante para mí, ya se lo he dicho. Ni ninguna otra.
—Me interesa particularmente uno: el que estuvo con ella en la noche del jueves. Es decir, anoche mismo.
—Entiendo. Supone que conoció aquí, en mi local, al hombre que la mató.
—Es muy posible, sí. Una compañera suya supo por ella misma que iba a reunirse en esa noche con un hombre especial. Era muy posible que el encuentro fuese aquí, ya que ella era cliente habitual, ¿no?
—Si así fue, lamento no poderle ayudar, y no lo digo por simple rutina. Me gustaría que echara mano a ese tipo, sea quien sea, y lo encerrase de una vez en una prisión o en un manicomio, teniente. Son muchas las mujeres que empiezan a tener miedo a salir de noche en Rutland. Y eso perjudica a mi negocio, por supuesto.
—Sí, supongo que sí —Frank estudió a Francen con escasa simpatía —. Muriel habló de un tipo «íntegro, de la mejor posición y todo un

caballero».
—Aunque le sorprenda, muchos que responderían perfectamente a esa descripción, frecuentan mi negocio —rió el propietario burlonamente—. No toda la gente respetable de Nueva Inglaterra lo es tanto como aparenta, créame. Hay mucha hipocresía en las comunidades puritanas, amigo mío.

—No soy su amigo —cortó secamente Frank, poniéndose en pie—. ¿Es todo lo que puede decirme?
—Sí, eso me temo —los ojos de Francen se entornaron, helados.
—Será mejor que no me haya ocultado algo. Voy a meter en la cárcel a todo el que oculte pruebas sobre ese maldito asesino, aunque me cueste el cargo. Y usted podría estar entre ellos, si llego a saber que escondía deliberadamente algo.
—Yo de usted amenazaría sólo cuando estuviera seguro de eso —le avisó secamente el dueflo del Kiss Club. .
—Cuando tenga una evidencia, Francen, no amenazaré. Actuaré —abrió la puerta para salir.
—Espere —dijo el canoso caballero en ese momento, alzando su mano.
—¿Qué quiere ahora?
—Recordé algo de repente. Usted no es demasiado amable ni merece tal vez mi ayuda, pero he pensado en Muriel. esa pobre chica, y lo haré por ella.
-¿Qué hará?
—Decirle algo que me ha venido a la memoria. Anoche vi J a Muriel en la sala. No me pidió bailar ni me dio un beso. Estaba seria, como pensando algo. Le pregunté si tenía problemas. Me dijo que no, que al contrario. Estaba segura de casarse pronto con un chico estupendo. He oído eso tantas I veces a las mujeres que vienen por aquí, que apenas si paré | atención en ello.
—¿Y por qué lo ha recordado ahora?
—Porque sabía que había algo especial anoche y no tenía idea de lo que era. En ese punto, me llamaron por teléfono. j Cuando ya me iba, ella dijo algo así como: «Mira, Ben, ahí entra precisamente mi novio...» Miré hacia la entrada distraído, mientras me dirigía al teléfono situado detrás del mostrador.
—¿Y...? —el interés hizo brillar los ojos grises de Frank.
—No vi a nadie. La puerta se estaba cerrando y alguien i salía del local. Evidentemente, el hombre a quien se refirió

Muriel había cambiado de idea y salía del club a toda prisa.
—¿Le pudo reconocer? ¿Vio algo familiar en él?
—La verdad, por un momento pensé que sí le conocía, que era

alguien habitual en esta casa. Fue sólo una impresión, porque apenas si le vi un brazo y parte del hombro derecho. Recuerdo que tenía su mano apoyada en la puerta todavía. Llevaba guantes, cosa nada extraña en este tiempo. Luego, dudé de haberle reconocido como alguien de mi clientela.
—¿Era la mano derecha la que vio, Francen?
—Pues... sí, creo que sí. Sí, seguro, porque dada su postura sólo podía ser la derecha.
—¿Era una mano normal?
—¿Normal? ¿Qué quiere decir con eso?
—Bueno, habrá leído los periódicos, visto la televisión... El asesino utiliza una mano monstruosamente grande y poderosa para matar a sus victimas...
—No, no. Era una mano perfectamente vulgar, incluso no muy grande para ser masculina, estoy seguro.
—¿E insiste en que no le pudo reconocer?
—No, eso no. En absoluto. No llegué a ver su cabeza, sólo su hombro y brazo. Posiblemente era un cliente habitual, no lo sé.
—Pero captó algo familiar en él.
—Eso pensé inicialmente. Ya le digo que luego esa impresión se borró de mi mente por completo. Y sigo sin poderle identificar ni remotamente.
—Pero no hay duda de que debía de ser el hombre a quien se refería Muriel.
—Eso parecía, sí.
—¿Cree que se fue al ver que usted era advertido por ella, para no ser reconocido?
—Pudiera ser. No puedo asegurarlo, teniente. Es todo cuanto sé.
—Gracias, de todos modos —Frank meneó la cabeza, saliendo del despacho del dueño del club nocturno—. Su mano era normal... Eso es lo que no encaja...
Se alejó pasillo adelante, cruzó el local y salió a la calle.

Empezaba a nevar con más intensidad y el frió no era tan acusado. Subió a su coche e inició el regreso a casa tras la casi inútil visita al Kiss Club.
En ese momento sonó la llamada del radioteléfono. Y le informaron del hallazgo del cadáver de una rubia en North Lañe, junto al canal. Parecía ser otro crimen del mismo individuo. Tenía la garganta destrozada por una enorme mano de dedos monstruosos.

CAPITULO IV

Era un sábado triste. Triste y frío.

La nieve había comenzado a caer con fuerza, el cielo tenía un espeso color plomizo y la temperatura había descendido considerablemente en las últimas horas. Todo ello convertía a Rutland en una ciudad sombría y gélida, con escasa circulación por sus blancas calles y los locales más frecuentados que de costumbre, para buscar en su atmósfera cálida un refugio contra la crudeza invernal de Nueva Inglaterra.

Desmond Ellis contempló el panorama desde la ventana de su habitación, pegado el rostro a la vidriera. De vez en cuando, un automóvil o un par de apresurados peatones, alteraba la soledad de la nevada avenida festoneada por los árboles cuajados de blanco en sus copas. Las residencias señoriales se alineaban a ambas aceras, como macizas formas sombrías en medio de la sinfonía gris y blanca.

Se sentía deprimido. Siempre le ocurría en días así. Estaba habituado al clima de Vermont, su lugar de nacimiento, pero los días particularmente crudos y tristes le afectaban considerablemente. Recordaba que, de niño, debía quedarse en casa, jugando en su cuarto, mientras oía caer la nieve. Otros niños jugaban en los jardines o en la calle y sus risas llegaban hasta él, causándole envidia y resentimiento. Un día intentó burlar la vigilancia materna y salir a jugar con ellos. No era fácil olvidar la paliza que recibió de manos de su severa madre por aquella travesura. Y nunca más lo intentó.

Regresó a su secreter con paso lento. Se dejó caer en el asiento y tomó su pluma historiada, recuerdo de alguna efemérides lejana que no recordaba bien. Regalo de su madre, claro. Tenia sus iniciales grabadas en la grapa de oro del capuchón.

Reanudó la escritura de su Diario. Justo donde la había dejado poco antes, al oír reír a unas muchachas en la calle. Las había visto pasar, dando saltos y arrojándose bolas de nieve entre si. Le hubiera gustado ir a reunirse con ellas. Pero dominó ese ridículo impulso.

«Me quedé muy tranquilo anoche...»

Era la primera frase añadida a lo escrito anteriormente. Respiró hondo y prosiguió, tras una indecisión:

«Sí. Muy tranquilo. Aquella zorra no merecía otra cosa. Era una fulana vulgar y ordinaria. Cuando hube terminado con ella me sentí feliz. Las mujeres como ella, como Agatha, deben morir así. Todas tendrían que morir como merecen.

»Mamá se sentiría orgullosa de mí si supiera...

»Pero ella no debe saber nada. No todavía. Debo estar seguro de muchas cosas antes de eso. Ya llegará el día en que pueda hablar, confesarle todo. Seguro que lo entenderá.

Y sonreirá satisfecha. Sabrá que su hijo es todo un hombre.
Y que sólo unirá su vida a una mujer digna de ello. A una mujer como a mamá le gustan. Como a mí me complacen. Una mujer honesta, dulce, delicada. Una auténtica dama, to do honradez y discreción. No una ramera como Agatha, co mo las otras...
»Val... Sí, Val. Mi adorada Val... ¿Por qué tiene que estar por medio ese horrible polizonte vulgar, por qué? Ella merece más, mucho más que unirse a un mediocre funciona rio guapo y vacío, incapaz de comprender su sensibilidad, su ternura, su encanto. Ese maldito patán de Loomish. Seguro que la llevará los sábados a un cine de barrio, o al baile de la policía, y ella envejecerá, se marchitará junto a él como cualquier ama de casa. La llenará de hijos, la veré pasar con un carrito, camino del supermercado, obesa, ajada... ¡No,no, y cien veces no! Tengo que rescatarla de las garras de ese individuo ordinario y torpe, tengo que ganarla para mí... Tal vez si le confesara mis sentimientos... Ella no es como las demás. Ella comprendería. Tal vez dejara de salir con el policía si yo me atreviera... Dios, ¿debo hacerlo? No sé si tendré valor suficiente para mirarla a la cara y decirle lo que siento.

Pero no permitiré que se case con Loomish. Eso, jamás.
No, no puedo permitirlo. Sería como verla muerta...
Muerta...
»Cielos, no. Ella, no. Val debe vivir, vivir para mí, para ser mía, para darme amor y hacerme feliz...»
Cayó la pluma de sus dedos agarrotados. Respiró con f uerza y tembló, encogiéndose en su asiento, como si el frío de Arlington Road pudiera penetrar en la bien acondicionada habitación. Se incorporó, cerrando su Diario y guardándolo cuidadosamente en el cajón del que sólo él tenía una llave.
Cerró y ocultó ésta donde nadie, ni siquiera su madre, podía encontrarla.

Se puso en pie. Caminó hasta el corredor, y cerró la habitación tras de sí. Toda la casa era acogedora, la calefacción estaba a tope, en contraste con el invernal clima de la tarde
nevada. La radio y la televisión habían mencionado aquel mediodía el crimen de la noche anterior. El cadáver de Kathy Hodges. la rubia prostituta del Kiss Club, había aparecido en
la pantalla. Y también el teniente Loomish, hablando a un reportero con rostro ensombrecido, confesando que nada sabían del monstruo que utilizaba unos dedos terroríficos para
matar a sus víctimas.
Le había costado dominar su júbilo, su risa feliz al ver humillado y

confuso a aquel miserable polizonte. Su madre prestaba atención al televisor en ese punto y él no quería
delatarse.

Dejó de pensar de repente en todo eso. Miró ante sí, inquieto. Se paró en seco.
La puerta...
Estaba allá. Al fondo del corredor. Cerrada, como siempre. Herméticamente cerrada desde hacía tiempo. ¿Cuánto ya? No recordaba bien. ¿Dos años? Sí, tal vez. Dos, o un poco más, ¿qué importaba ya eso, después de todo? Agatha no significaba nada en su vida. Se había ido para siempre, había salido de su existencia cuando decidió abandonarle la misma noche de bodas.
De todo ello, sólo quedaba aquella maldita puerta cerra da. La habitación de esponsales. Preparada para la noche de bodas. La gran cama de dosel que fuera de su madre desde su propia boda. El ajuar lujoso, la mesa con los regalos para el matriomonio... Todo estaba allí. Intacto. Tal como queda ra la noche de bodas.

No se había dado cuenta, pero estaba ante la puerta. Ha bía caminado hacia ella insensiblemente, movido por un impulso ajeno a su voluntad. Miró como hipnotizado la gruesa madera labrada, la pesada cerradura...
Sintió un escalofrío. Sabía que, en el fondo, deseaba abrir aquella puerta, sumergirse por unos momentos en el pasado, contemplar la cama apenas deshecha por el cuerpo obsceno de

Agatha, la mujer a quien pensaba amar y que. en el lecho, se había mostrado ante él con toda su vulgaridad viciosa, con toda la impudicia de la ramera más indigna. Medio vestida de novia, aún con su tul blanco, sus medias también blancas, sujetas al impoluto liguero... Ni la cofia de novia se había quitado para desnudarse y pedirle con soeces palabras y gestos procaces el acto sexual.
Aún podía recordarla así, los muslos extendidos, los pechos desnudos, el cuerpo arqueado provocativamente, con só lo el tul, las medias, el liguero y el ramo de azahar en su mano, como grotesco signo de pureza en una hembra capaz de exigirle obscenamente, con gesto vicioso:

—Ven, amor, ven aquí... Ven, Des, querido, que voy a enseñarte lo que es placer... Ven, gocemos los dos... Tómame como a una zorra y te enseñaré mil goces que no te enseñó nunca nadie...
Esa era la dulce, la delicada Agatha de sus sueños. Como las otras. Torpe, vulgar, sensual y procaz hasta un límite vergonzoso.
¿Cómo sentirse hombre ante una mujer así, cómo desearla, cómo

excitarse ante todo lo que más aborrecía?
Sintió que su frente goteaba sudor frío. Estaba temblando. Y sus dedos se crispaban sobre la cerradura hermética, impotentes para abrirla, ya que él no poseía la llave de aquella habitación cerrada...
—Querido, ¿deseas entrar? Toma la llave...
Lanzó un grito ronco, se volvió asustado. Allí estaba ella,su madre.
Le contemplaba sonriente, envuelta en su chal, la mirada fija en él, la mano extendida, mostrando una dorada llave en su palma.
—No, no... —jadeó—. No, mamá, sabes que no puedo entrar...
—¿Por qué no? Parecías tan deseoso de abrir esa cerradura hace un momento... No hay motivo para que no lo hagas.
Tú me pediste que cerrase para siempre la habitación y no te entregase jamás la llave, a menos que me lo pidieras tú mismo. Si ha llegado ese momento..., toma la llave, hijo. —¡Nooo! —aulló, exasperado, tapándose los oídos para no escuchar a su madre—. ¡No quiero entrar ahí, no quiero!

¡Todavía no, mientras no encuentre a la mujer digna de ello!
¡Aparta, aparta esa maldita llave de mí, mamá, por lo que más quieras!
Ella seguía sonriente, con una luz malévola en sus ojos sin pestañeos. Y con la mano alargada, la llave brillando en ella.
'
—¿Por qué no, hijo? —insinuó suavemente.

Lanzó un grito ronco, sacudió la cabeza violentamente, y echó a correr escaleras abajo, dejando atrás a su madre. Cru zó el vestíbulo como una exhalación y salió a la calle nevada. dando tras de sí un portazo. La puerta vidriera de la mansión vibró ásperamente. Hundió sus pies en la nieve, cruzó la acera como si le persiguiera un demonio y penetró en su automóvil, aparcado ante la casa, y con la capota repleta del blanco elemento, lo mismo que el resto de la carrocería.

Lo puso en marcha y se alejó a través del nevado asfalto, sin rumbo fijo.
Dentro de la casa, una risa de mujer, apagada y siniestra, razonaba burlona mientras Desmond Ellis se perdía en la cortina de nieve de la tarde.

Detuvo el coche en el cruce de Hampton con York Street. Se dirigió a su pequeño bar situado allí y se tomó dos copas, controlando dificultosamente sus nervios. Encendió dos o tres cigarrillos aunque habitualmente no fumaba, pero los aplastó en el cenicero antes de haber consumido la mitad.
Tras tomar la segunda copa, salió del local dando traspiés por la

nieve. Sentía arder sus pies pese al frío reinante. Iba tan inseguro que tropezó en un punto resbaladizo de la acera y cayó de rodillas.
Masculló algo entre dientes, tratando de incorporarse. Una forma azul oscura entre él y la nieve. Alzó la cabeza, mientras una fuerte mano le ayudaba a ponerse en pie. Se encon tro con un rostro rudo, ancho y familiar, que le sortreía.
—¿Se encuentra bien, señor Ellis? —preguntó.
—Sí..., sí, gracias, sargento —musitó Desmond. dominando un estremecimiento.
El sargento Harris le soltó cuando Desmond buscó apoyo en una farola. Vestía de uniforme ahora, y era evidente que estaba de servicio. Un coche patrulla de la policía local se hallaba aparcado junto a la acera y un policía de uniforme le miraba irónico desde el volante.
—No he bebido, sargento —trató de justificarse Desmond al advertir que Harris miraba hacia el bar—. Es que... no me encuentro muy bien hoy.
—Claro, señor Ellis —asintió apaciblemente el policía—. No he pensado tal cosa. ¿Le ayudo a volver a su casa?

—No, no, gracias. No volveré aún allí. Voy..., voy a dar un paseo en mi coche.
—Como guste. ¿Seguro que puede caminar bien? ¿Podrá conducir en buenas condiciones?
—Claro —se irguió, irritado—. Ya le dije que no estoy
bebido. Gracias y buenas tardes, sargento.
—Buenas tardes, señor Ellis —se limitó a decir el policía, saludándole cortés mientras Desmond cruzaba la acera todavía inseguro, entraba en su coche y se alejaba a marcha lenta.
Harris se encogió de hombros, disponiéndose a regresar a su coche. Entonces vio algo en el suelo. Al caer. Desmond Ellis había perdido un paquete casi lleno de cigarrillos, de
marca corriente. Dentro del celofán, había puesto una carterita de fósforos de las que entregan como propaganda. El ayudante del teniente Loomish miró curiosamente ambos objetos.
—Es curioso —dijo, viendo el anuncio impreso en la carterita de cerillas color azul—. El Kiss Club... No me imagino , a Ellis como cliente de un sitio así.
En efecto, la carterita mostraba el nombre del local del Francen, sobre el boceto de unos labios de mujer impresos en el fondo azul de la cartulina. Se limitó a sacudir la cabeza y guardarse ambas cosas en el bolsillo, explicando a su compañero de patrulla
—Se lo dejaré en su casa en cualquier momento. Ahora no creo que se dé cuenta ni siquiera de que lo ha perdido... Sigamos la ruta, Bill.

El coche policial reanudó su marcha, y el sargento Harris había olvidado por completo, sólo cinco minutos después, tanto el incidente como el paquete de cigarrillos y la cartulina de fósforos de Desmond Ellis.
La música de rock cesó, sustituida por una pieza lenta.
Salieron a la pista. Comenzaron a bailar, estrechamente abrazados. Las luces cambiaban en tonalidades suaves, amor tiguadas. Unas parejas sudorosas se retiraron tras el frenesí de su danza. Otras más tranquilas las suplían en la pista.
Valerie sonrió, su mirada fija en Frank.
—Siempre dije que bailas muy bien —comentó risueña.
—¿De veras? —Loomish enarcó las cejas—. Pero siguen sin gustarme los ritmos de hoy. Dicen que eso es prueba de vejez. Confieso que mis gustos son un poco «carrozas», Val.
—Entonces, también los míos —rió ella suavemente—. De muchachita me encantaba descoyuntarme el cuerpo con los ritmos más frenéticos. Ahora me siento menos decidida a ello, aunque siga gustándome oír música rock.
Bailaron en silencio unos momentos. La penumbra les en volvía tan mansamente como la propia música bailable. Se acercaron sus rostros. Se besaron.
—Val, te quiero —musitó Frank.
—Lo sé. Y yo a ti, Frank.
—Tenemos que pensar en casarnos.
—¿Acostumbras a decir esas cosas a las chicas los sábados por la tarde? —rió Valerie de buen humor.
—En serio. Val. Sé que un oficial de policía en una pequeña ciudad de Nueva Inglaterra no es precisamente el sueño dorado de una chica como tú. Pero no me gustaría un noviazgo largo. Esos tiempos pasaron ya.
—Estoy de acuerdo, Frank.
—Pero tú eres independiente, tienes un trabajo bien retri buido, libertad de acción y todo eso. ¿Por qué habrías de desear casarte con un tipo como yo?
—Entre otras cosas, porque te quiero.
—Demuéstramelo, entonces. ¿Nos casamos este año? ¿Pa ra la primavera?
—¿Tan pronto?
—Faltan aún unos meses. No es tan precipitado, pero si piensas lo contrario...
—Oh. Frank, cariño, me haces muy feliz con esa petición —musitó ella, apoyando su cabecita de cabellos color miel en el pecho de su pareja—. Claro que aceptaría feliz esa fecha que has dicho. Como si nos escapamos hoy mismo y nos casamos esta noche en un sitio

escondido...
—Eres maravillosa. Val —suspiró él, abrazándola con ca lor—. Pero la boda será como tú mereces. Un dia radiante de sol. y en la iglesia de Rutland. para que todos admiren a la novia más bonita del mundo...
—Tonto —musitó ella, besándole de nuevo.
Siguieron bailando. La melodía cambió, pero no el ritmo. A la siguiente pieza, regresaron a su mesa y brindaron con sus copas de martini.
—Por nosotros. Val —dijo Frank, antes de beber—. Y ahora, a cenar adonde hemos decidido. Te gustará la cocina del viejo Marcel. Es un canadiense que aprendió a cocinar en París.
—Estoy a punto —sonrió ella, poniéndose en pie tras va ciar su copa.
Se encaminaron a la salida del local. Frank recogió en el guardarropa sus prendas de abrigo. Fuera, seguía nevando en la noche. Estaban ya en la puerta cuando el sargento Harris apareció ante ellos, saludando respetuoso a Frank.

—Teniente, lamento interrumpir su tarde libre —se excusó el policía—. Pero se trata de algo relacionado con esos
crímenes. ,
—Oh. sí —asintió Frank. arrugando el ceño—. ¿Que es
ello, sargento?
—Hemos arrestado a un hombre, señor.
—¿A quién?
—Se trata de un hombre respetable de esta ciudad —bajo la voz y añadió en un murmullo—. Casado y con un cargo político en Rutland. Se trata de Charles Carlyle, el concejal de Urbanismo.
—Cielos. Carlyle... —Frank puso gesto de extrañeza—.
¿Qué ocurre con él?
—Ha sido sorprendido por mis hombres en el apartamento de Muriel Caine, tratando de llevarse algo de allí. Tenía llave del mismo, al parecer, y ha admitido que conocía bien a la chica pero que eso no es ningún delito. Por cierto, ese reportero del Sun, el que ha bautizado a nuestro criminal con el apodo de «Dedos Asesinos», husmeó la noticia y ahora está allí. No le he dicho quién es el detenido, pero me temo que lo sospecha.
—Podría haber un buen escándalo mañana en esta ciudad, si Fox revela a sus lectores la identidad del detenido. Su mujer es un dama tan rica como conocida, y dirige una entidad benéfica local, ¿no es cierto?
—Sí. la Asociación de Damas de Caridad. Está enferma del corazón. Para ella, podría ser un golpe mortal.
—Cierto. Bien, vamos allá. Val. querida, lo siento. Temo que han arruinado nuestra cena en casa de Marcel. ¿Quieres ir allí y esperarme, si acaso? Harris puede llevarte hasta el restaurante, ya

sabes que no quiero que vayas sola por esas calles, y menos de noche, mientras esté libre ese monstruo.
—No, Frank, déjalo por hoy —suspiró Valerie resignada—. Debo irme haciendo a la idea de que un marido policía es como un médico. No siempre puedo disponer de su tiempo libre. Iré a casa, y otro día iremos a cenar allí. —Val. éste no es modo de terminar un sábado...
—No puedes dejar tus asuntos importantes por mí, Frank.
Sé entender eso. Tomaré un taxi hasta casa, no te preocupes. ¿Nos veremos mañana?
—Desde luego. Te llamaré más tarde desde el Departamento, apenas interrogue a ese hombre y trate de evitar que Randy Fox arme el escándalo en el Sun.
La besó, Harris llamó a un taxi, y la joven se alejó en él. Frank, con un suspiro de resignación, entró en su coche oficial, partiendo con el de patrulla por delante rumbo al Departamento de Homicidios.

CAPITULO V

Era un hombre delgado, nervioso e inquieto. Vestía un excelente traje de lana marrón y beige y un abrigo color ave llana, con zapatos marrón. Estaba sentado en el despacho de Frank Loomish. fumando impaciente, con el rostro contraido y algo pálido.
Apenas apareció Frank en el recinto, se puso en pie como disparado por un resorte.
—Teniente, ¿por qué estoy detenido? —demandó — . ¿De qué se me acusa?
—De momento, de nada, señor Carlyle —dijo suavemente Frank. I
—¿Entonces.... qué hago aquí?
—Está aquí porque fue hallado en un apartamento que vigilamos desde que su dueña fue asesinada. Y me pregunto qué relación tenía usted con Muriel Caine como para disponer de una llave de su apartamento y entrar en él una vez muerta su dueña.
—Eso. a ustedes, no debe importarles en absoluto —dijo el concejal secamente—. Es asunto privado.
—Los asuntos privados de una persona asesinada conciernen, desgraciadamente, a mi Departamento, al menos míentras su asesino ande suelto. Siéntese, señor Carlyle. y haga el favor de contarme su historia lo mejor posible.
—Un momento, teniente. He visto deambular por ahí fuera a ese periodista chismoso, el tal Fox, del Sun... Usted sabe lo que puede significar para mi y para mi esposa que llegue a lanzar un libelo escandaloso en su periódico...
—No se preocupe por Fox, señor Carlyle —sonrió Frank—. Hemos llegado a un acuerdo entre caballeros. No publicará nada sobre usted... a menos que sea arrestado bajo una acusación formal de asesinato. Entonces, la noticia ya no sería privativa de mi Departamento, sino de toda la opinión pública.
—Eso es ridículo. No pueden acusarme a mí de semejante barbaridad. Pero, por otro lado, dudo mucho que Fox sea un caballero.
—Yo también —rió Frank—. Pero he logrado convencerle de que si silencia todo esto mientras no sea importante, le facilitaré la exclusiva de otras noticias más trascendentes. La prueba de que cumplirá lo pactado, es que se ha ido ya de las oficinas.
—Menos mal —resopló aliviado el concejal. Luego miró preocupado a Loomish—. ¿De veras cree usted que yo sea sospechoso de ese horrible crimen, teniente?
—Podría serlo, señor Carlyle. Como cualquier otro. Sólo que usted, además, posee una llave del apartamento de Muriel Caine.
—Eso tiene fácil explicación. Además, ¿ve usted en mis manos alguna

señal de que puedan corresponder a quien causa tan atroces daños? —mostró sus largas manos, delgadas y frágiles, en gesto espontáneo.
—Eso no quiere decir nada —Loomish se encogió de hombros—. Que yo sepa, nadie ha visto aún deambular por la ciudad a un ser monstruoso, de manos gigantescas. Podríamos estar ante alguien que utiliza para sus crímenes una mano ortopédica de grandes dimensiones, o cosa parecida.
—En las noticias dicen que esas manos dejan huellas como las de los dedos normales de un ser humano —objetó Carlyle.

—Eso es cierto —Frank se mordió el labio inferior—. Pero aun así. existen dudas razonables de que pueda corresponder a una mano humana auténtica. Hoy día se hacen prótesis muy perfectas en plástico y materiales similares. Estamos investigando eso, por si aparece alguna empresa especializada en la materia que haya hecho por encargo una mano o manos semejantes. Cuando uno se enfrenta a un maníaco, todo es posible.
—¿Y usted cree que yo puedo ser un maníaco, teniente?
—Cualquiera puede serlo, señor Carlyle. He conocido a peligrosos enfermos mentales que en apariencia eran tan normales como yo mismo. El desequilibrado mental tiene una
rara astucia para ocultar su mal y aparentar una normalidad absoluta.
—Entiendo. Está intentando cargar el sambenito al primer sospechoso que se le presente para salvar la imagen de la imagen de la policía ante la opinión pública, ¿no?
—No. no es eso —cortó Frank secamente—. Deseo encontrar al verdadero culpable, simplemente. Por el momento no tengo a nadie..., excepto a usted. Dígame, ¿quién le dio la llave del apartamento de Muriel Caine? —Ella misma.
—Ya. ¿Se conocían los dos, entonces?
—Sí —la afirmación brotó dificultosamente de labios del concejal.
—¿Muy íntimamente?
—Mucho, sí. —¿De cuándo databan esas relaciones entre ustedes? ,
—No fueron muy largas. Hará cosa de un mes o poco más.
—¿Visitaba con frecuencia a Muriel en su apartamento?
—Siempre que me era posible sin despertar las sospechas de mi mujer. Es decir, cuando ella tenía reuniones de su Asociación, y cosas así.
—Comprendo. ¿Cuándo conoció a Muriel y de qué modo?
—Ya se lo he dicho, hace poco más de un mes. en el restaurante de la señora Whitecliff. Fui a cenar con unos amigos y ella nos sirvió. Me atrajo su simpatía, su sensualidad. Se mostró muy asequible. Luego supe que le volvían loca unos pantalones. Y es que yo no era sino uno más de una larga lista de amantes.

—¿Discutieron alguna vez, llegaron a romper?
—Sí. rompimos pronto. Pero sin discusión. Simplemente, dejé de acudir a verla.
—¿Por qué?
—Era insaciable. Una mujer de fuego. Yo no soy un mozo. teniente. Acababa extenuado, pero ella aún ansiaba más y más. Mi mujer llegó a notar síntomas de agotamiento en mí, aunque pude achacarlos al exceso de trabajo en el City Hall. Resolví acabar con esa situación, aunque confieso que me gustaba Muriel. Y dejé de ir a verla. Ella me llamó varias veces, impaciente. Y llegó a decirme que debía darle una explicación por mi actitud, o era capaz de armar un escandalo. Recordé que le había escrito algunas misivas los primeros días, y tuve miedo de que ella las diera a la publicidad.
—De modo que le chantajeó. ¿Cuál fue su respuesta, señor Carlyle?
—No. no llegaba a ser un chantaje, la palabra es demasiado fea. Sólo digamos que era una coacción para forzarme a verla. Prometí ir a visitarla de nuevo y explicarle todo. Pero entonces... alguien la mató. Y yo, más asustado que nunca, decidí intentar recuperar mis misivas de entre sus cosas. Por eso acudí a su apartamento, sin imaginar que aún era vigilado por la policía.
—Para su tranquilidad, señor Carlyle, debo decirle que esas cartas suyas no han aparecido por parte alguna, pese a nuestro minucioso registro del domicilio de Muriel Caine. Tal vez ella nunca las guardó, contra lo que usted pensaba.
—¿Tampoco las llevaba consigo cuando.... cuando la mataron?
—Tampoco... a menos que el asesino se las llevara —miró fijamente a Carlyle—. Y no creo que haya otra persona a quien interesara esas cartas, salvo a usted mismo.
—¿Y si el asesino pensara chantajearme?
—No es la forma de comportarse de un psicópata, la verdad —Frank meneó la cabeza con escepticismo—. ¿Es todo lo que puede contarme del asunto, señor Carlyle?
—Juro que sí, teniente. No tengo nada que ver con ese crimen, créame. Yo no soy un criminal, no hubiera podido hacer el menor daño a Muriel ni a nadie, ni tan siquiera para defender mi respetabilidad y mi matrimonio, por eso estaba tan asustado.
—Un hombre asustado es, a veces, muy peligroso —sonrió Loomish apaciblemente, poniéndose en pie—. Bien, señor Carlyle. le agradeceré que repita su confesión al sargento Harris y firme luego la copia de la misma, una vez mecanografiada. Será todo por el momento.
—¿Podré volver a casa?
—Sí, por ahora, sí. Pero no salga de la ciudad sin avisarnos de ello.
—¿Y esa confesión... puede ir a parar a algún periódico?

—No lo creo —le calmó Frank, estrechándole la mano—. No tengo ningún interés especial en arruinar un matrimonio o su carrera política, señor Carlyle. Pero usted debería hacer algo más para impedir que eso pueda suceder algún día.
—Prometo que no volveré a cometer un error semejante, teniente. Gracias por todo.
—No me las dé aún. Si llego a encontrar alguna evidencia que le acuse, volverá aquí para no salir, se lo advierto. Ahora, buenas noches.
Charles Carlyle salió de la oficina sin pronunciar palabra. Frank, fatigado y con cierta irritación, descolgó el teléfono para llamar a Valerie. Era tarde ya para cenar, pero no para disculparse por aquel imprevisto que de tan poca cosa parecía servir por el momento en el avance de la investigación.
* * *

Estaba oscureciendo rápidamente cuando los faros del automóvil alumbraron la puerta enrejada de acceso a la planta química.
El conserje salió de su garita, mirando escudriñador hacia el visitante que hacía sonar su claxon en el exterior.
—¿Quién es? —indagó con voz bronca—. La factoría está cerrada...
—Abra, Corey —dijo el que conducía el coche—. Soy yo.
—¡Señor Ellis! —el hombre avanzó cachazudamente hacia la puerta —. ¿Cómo por aquí a estas horas? Usted acostumbra a venir los días festivos, pero nunca tan tarde...
—Tengo que hacer algo en el laboratorio —explicó Desmond desde el volante de su coche, detenido bajo la nevada, ante la puerta de acceso a la Housemann Chemical In-dustry—. Si lo dejo para el lunes, puede que haya olvidado lo que pretendo conseguir.
—Usted y sus experimentos, señor Ellis... —meneó la cabeza bondadosamente Gus Corey, con una sonrisa afable, abriendo la puerta de entrada—. Vive esclavo de su trabajo, de su vocación. Creo que esta empresa no le pagará nunca debidamente su labor para ella.
—Ojalá sea usted alguna vez mi empresario —rió Ellis de buen humor, entrando con el coche apenas el viejo conserje le hubo franqueado el paso al amplio sendero de asfalto que conducía a las zonas de la factoría—. Seguro que no tendría queja de sus condiciones.
Le saludó cordialmente agitando una mano, y fue a aparcar su coche frente al edificio de los laboratorios de investigación, donde habitualmente lo dejaba cuando visitaba la planta en días de fiesta o en horas fuera de la jornada laboral, impulsado por su incansable interés por la investigación química.
Era ya noche cerrada y continuaba nevando copiosamente. cuando

introdujo la llave en la cerradura de la puerta de acceso a los laboratorios, penetrando en el encristalado edifició.

Subió las escaleras de dos en dos, en dirección a la planta de investigación.
Estaba encendida siempre, durante toda la noche, y su claridad ahora resplandecía en la nieve del exterior, al atra vesar las grandes vidrieras empañadas por la diferencia climática.
Avanzó por entre las largas mesas repletas de material quí mico, en dirección a su propia sala de trabajo, situada al fondo de la planta. Abrió la amplia cristalera de separación. hecha de grandes paneles de vidrio translúcido esmerilado.
Pegó un respingo de sorpresa cuando descubrió que no estaba solo.
—¿Qué hace usted aquí? —preguntó', con cierto sobre salto.
Ella giró la cabeza. Sonrió, por encima de su blanca bata de trabajo. Desmond respondió algo desganadamente a aquella sonrisa. Lo cierto es que había ido esa tarde a los labora torios más por estar solo que por verdadero afán de trabajo. Y resultaba inútil su esfuerzo por culpa de aquella entrometida.
—Hola, Des —saludó la joven—. ¿También dispuesto a trabajar fuera de horas?
—Así es —dijo Ellis de mala gana, avanzando hacia Jenny Kirk, su compañera de investigaciones químicas—. No esperaba encontrar a nadie aquí.
—Yo tampoco. Debí pensar que era fácil que coincidieramos en un sábado —la expresión de la morena y regordeta Jennie se hizo risueña, y las luces del laboratorio se reflejaron en las gafas de montura metálica que lucía para traba jar—. Tú y yo somos dos apasionados de la investigación. ¿no es cierto. Des?
—Claro. Siempre me fascinó la química, como a ti —admitió Desmond limpiando el empañado de sus propias gafas. a causa de la alteración de temperatura—. ¿En qué estás ocu pada ahora?

—En un nuevo fertilizante para plantas enfermas —expli có ella—. Creo que puedo conseguir que ciertas deficiencias en el crecimiento vegetal puedan ser combatidas. Espero tener éxito. ¿Y tú. de qué te ocupas tan entusiásticamente?
—También fertilizantes, pero en otro terreno. Creo estar cerca de conseguir un producto capaz de hacer, crecer con más fuerza y rapidez a las plantas alimenticias. La agricultura podría, en ese caso, prosperar de modo revolucionario si mi experimento diera resultado.
—Quizá puedas asi solventar el problema del hambre en el mundo —sonrió Jenny Kirk—. Imagina si logras que un 'garbanzo sea tan grande como una patata, o un grano de arroz supere el volumen de un

plátano... La humanidad entera te estaría agradecida, Des.
—No quiero soñar aún con imposibles. Es sólo un primer paso, pero no desespero de lograr, al menos, que las cosechas lleguen a multiplicarse por tres en breve plazo.
—Eso ya seria algo —suspiró la joven, moviendo la cabe za con énfasis.
—Oye, por cierto, el viejo Corey no me dijo que estabas aquí —habló Desmond. intrigado—. Tal vez lo olvidaría, pese a lo inusual de la hora...
—Nada de eso —rió Jenny—. Ni siquiera sabe que estoy aquí.
—¿Cómo? —se extrañó Ellis.
—Es sencillo: el doctor Winfield, el jefe de los laboratorios, me dio su llave la semana pasada, para que viniese a recogerle unas cosas. No se la devolví aún, y hoy vine hasta aquí para trabajar un rato. Corey estaba en otro punto de la fábrica, haciendo sin duda su ronda habitual, y por no esperarle bajo la nieve, entré con la llave del doctor. Cuando , salga se lo explicaré.
—Pero tampoco vi tu coche ahí fuera...
—Vine en el autobús —sonrió la joven—. Y pienso volver en él.

—Nada de eso —rechazó Desmond—. Volveremos en mi coche, yo te llevaré al centro.
—Eres muy amable. Des. Gracias por el favor. Pero pienso irme dentro de una hora como máximo... Ya llevo aquí casi tres.
—Es igual, iré contigo. Espero trabajar muy poco rato, la verdad.
Ella volvió a su tarea, y Desmond se encerró con la suya, aunque sin ganas específicas de trabajar. Y menos aún en su experimento sobre el fertilizante capaz de agigantar las plan tas comestibles. Guardaba malos recuerdos de él. Muy malos.
Trabajó rutinariamente en su mesa. Tenía los pensamientos lejos de allí. En su madre, en la habitación cerrada, en Val... Sobre todo en Val. Pasó el tiempo sin que apenas se diera cuenta.
Y de repente, a su espalda, sonó la voz jovial de Jenny Kirk:
—Ya estoy casi lista. Des. ¿De veras no te importará llevarme a la ciudad? Puedo tomar el autobús ahí mismo, si aún tienes trabajo...
—No, no —rechazó él, volviéndose—. Ya terminé, Jenny. Yo te...
Se paró en seco, mirando con sorpresa a Jenny. Ella ni siquiera se había dado cuenta, en su descuidado comportamiento, de que acababa de quitarse la bata blanca y la blusa aún no estaba abotonada sobre su torso.
A través de la abertura del tejido hasta su cintura, Desmond pudo contemplar a su antojo la firmeza y abundancia de senos de la joven química. Era el volumen de pecho que correspondía a su figura más bien obesa: pechos grandes, macizos, redondos y voluminosos, que

un sujetador demasiado pequeño y prieto, apenas si era capaz de retener. La carne joven, dura, prieta y morena, escapaba por doquier, excitante.

—¿Qué te pasa? —indagó ella, dejando de abrocharse la blusa, sorprendida—. ¿Has visto algún fantasma?
—No, no —rechazó Desmond, confuso, agitando torpemente una mano—. No es eso, Jenny, perdona. Yo... no pude evitar mirar y...
—Oh, ¿es eso? —ella soltó una carcajada, sin hacer intención alguna de abrochar su blusa. Por el contrario, la echó atrás ligeramente, y adelantó el busto provocativamente, mientras guiñaba un ojo a su compañero de trabajo—. Nunca te vi mirarme como a una mujer. Des. Ya era hora que te fijaras en mí un poco. No soy una belleza, pero tampoco soy , fea ni estoy mal hecha. Has enrojecido, ¿sabes? Como un adolescente que ve por primera vez las formas de una chica... - Se echó a reír. Desmond, con el rostro congestionado, no sabía qué hacer. Ella llevó sus manos atrás. Inesperadamente, soltó el broche del sujetador y dejó deslizar éste por sus hombros. El resultado sólo podía ser uno, para angustia de Ellis: majestuosamente, los dos soberbios pechos de mujer se proyectaron hacia él como dos obuses, vibrando en su desnudez total.
—¿Qué... qué haces? —jadeó Desmond, convulso, sintiendo temblar sus piernas, pero sin poder apartar sus ojos de aquellas formas exultantes y agresivas.
—Ya lo ves: mostrarte mis encantos, ya que tanto parecen atraerte de pronto. Después de todo, no sólo existe la química, Des querido. También hombre y mujer forman otra química muy especial... y tú no estás nada mal. Pero como eres casado, pensé que serías algo más lanzado, más... experto. ¿Es que tu mujer no te enseñó a tratar a las chicas debidamente?
Avanzaba hacia él, toda ella hecha provocación. El cuer po de Desmond era una hoja agitada por el viento, tal era su temblor de pies a cabeza. Tragó saliva, retrocedió tambalean te, y confesó con voz rota, humillada:
—No, Jenny, no... Tú eres una buena amiga, una compañera... Sólo eso. No debes... no debes intentarlo... No estaria bien...
—Pero ¿qué te ocurre? ¿Acaso no te gustan las mujeres? —sonrió ella, desafiante—. ¿Es eso? ¿Por ese motivo te dejó tu mujer?
—No... no hables de ella, Jenny. No la nombres. Ni si quiera... ni siquiera tuvimos relaciones íntimas ella... y yo. Me dejó... Me dejó porque yo... no pude... o no supe...
—¡Cielos, no! —Jenny abrió mucho sus oscuros ojos con sorpresa—. No me digas que tú aún eres... eres virgen, querido Des...
—Pues... sí. Yo...

—¡Oh, cielos, esto es mejor de lo que imaginé! —Jenny Kirk soltó una carcajada—. ¡Voy a estrenar a un hombre virginal! ¡Yo voy a ser quien te inicie en el sexo, querido! Esto es maravilloso... Ven, vas a conocer a una buena maes tra, te lo aseguro. No sólo soy experta en química, sino en otras cosas mucho más agradables...

Estaba ya sobre él. le tenia acorralado contra la pared. Sus manos le acariciaron, le echó los pechos desnudos sobre el rostro. Los dedos femeninos, hábiles y maliciosos, desabro charon sus ropas, le hurgaron expertamente, excitándole como jamás le había excitado mujer alguna.

—No, no... Jenny, no... —seguía gimiendo, como si fue se un niño en manos de una mujer madura y experimenta da—. No debes... No sigas, te lo ruego...

Ella se limitó a reír de nuevo, procazmente, y sus caricias se hicieron más agresivas. Desmond ni siquiera sabía resistirse, notaba que el deseo le cegaba, nublaba sus sentidos...

Jenny se daba cuenta de su total inexperiencia, de su exci tación frenética. Desmond creyó desvanecerse cuando ella se arrodilló ante él y sintió su rostro suave y cálido entre los muslos temblorosos...

Los jadeos invadieron el laboratorio vacío y lleno de luz cruda. Jenny estaba logrando sus objetivos. Aquel regordete cuerpo sensual, estaba conduciendo a Desmond Ellis al climax deseado... Manos, boca y formas de mujer llenas de experiencia manipulaban al hombre inexperto a su antojo Desmond exhaló un gemido ronco y se puso rígido. Jenny sonrio lasciva, al percatarse de que era el momento cumbre de su pareja. Buscó el contacto, la fusión, el enlace de ambos cuerpos. :

Y en ese momento, el horror dilató los ojos de la morena joven. Incrédula, sin poder dar crédito a su propia mirada Jenny advirtió la extraña, alucinante transformación de la mano derecha de su pareja, creciendo por momentos, agrandándose, hinchándose sus dedos como si fuesen globos repentinamente inflados, hasta adquirir un tamaño de cinco o seis deformes normales' hinchados y brillates, monstruosamente

-¡Des! -chilló aterrada, roto todo el climax ante la espantosa revelación. Se echó atrás, apartándose de su pareja-. ¡Des! ¿Qué es eso? ¿Qué le ocurre a tu mano

-Jenny... -jadeó Desmond Ellis, en su orgasmo-Jenny... no debiste ver esto nunca. Me ocurre... cuando me excito

-Des, tu mano... tus dedos... ¡Son los dedos del asesino--grito Jenny Kirk, despavorida, intentando escapar semidesnuda como estaba.

-¡No, no! -se apresuró a correr tras ella, también semidesnudo, y la sujetó justo en la puerta, aferrando con su mano enorme, brillante, hinchada, el cuello de la aterroriza da muchacha-. No huyas... No

debes contar esto a nadie A nadie No tuve yo la culpa... Fue ese maldito experimento del fertilizante para crecer loss vegetales... Me equivoqué en algo . Me cayo la sustancia ardiente sobre la mano Mis tejidos fueron empapados por ese producto maldito No sé si pueden crecer los vegetales... pero sí crecen los tejidos humanos bajo su efecto, cuando una excitación los afecta. entonces... entonces no puedo... no puedo dominar mi... mano... Lo... siento...
Apretaba, apretaba, apretaba. Ni un solo grito podía escapar de labios de Jenny, que pateaba en vano, que clavaba sus uñas en los brazos y pecho desnudos de Desmond, en un frenético, desesperado esfuerzo por salvar la vida, por apartar de sí aquella mano atroz que la apretaba, que ahogaba sus sonidos, su aliento, todo.
Los dedos seguían hincándose en su cuello. Desmond Ellis estaba en pleno climax, pero su excitación sexual daba sólo rienda suelta a sus instintos asesinos, destructores. La mano gigantesca, hinchada y violácea, de enormes dedos amoratados, se hundía por momentos en la garganta femenina, frágil y sin defensas.
Sonaron chasquidos escalofriantes bajo la piel estrujada. se quebraron huesos y cartílagos en una horrenda masacre, la sangre brotó por los labios de la joven, entre su lengua hinchada y espumarajos de agonía. Los ojos se pusieron vidriosos. saltones, la cara amoratada y convulsa.

El cuerpo vibró, sacudido por espasmos de agonía.
Y Desmond siguió apretando, apretando siempre... hasta que soltó el cuello, y el cuerpo de Jenny Kirk cayó a sus pies, totalmente inerte, sin un soplo de vida en él. convertida en un cadáver rígido, en una miserable piltrafa humana.
Rodó sordamente por el suelo, quedando inmóvil. Des mond la contempló con ojos dilatados, tembloroso, vuelto a la realidad. Lentamente, su mano se iba deshinchando, vol via a su normalidad, el crecimiento monstruoso cedía por momentos.
—Sucia mujerzuela... —jadeó, mirando con odio a la difunta Jenny—. Eras como todas... Peor aún, más corrompí da y viciosa que ninguna... Has encontrado lo merecido. A mamá le gustaría ver esto, estoy seguro...
Se apoyó en una mesa de trabajo, recuperó el alientp poco a poco, sin desviar su desquiciada mirada de aquel cuerpo turgente, ahora inmóvil, sin sentido.

Después se vistió apresuradamente. Colgó la bata blanca de Jenny Kirk en su sitio correspondiente, y vistió al cadáver de forma trabajosa, confiando en que a Gus Corey no se le ocurriría pasar por allí en su ronda.

—Tengo que sacarla de aquí como sea —jadeó con voz sorda, hablando consigo mismo, una vez vestida por completo Jenny Kirk—. Si hallaran su cuerpo en el laboratorio, me culparían a mí de inmediato. Corey sabe que estuve aquí, les seria fácil deducir el resto. Pero Corey no sabe que ella estaba aquí hoy. Si él no lo sabe, es que nadie lo sabe tampoco. Por tanto, tengo que sacarla de los laboratorios sin que Corey se entere. Jenny nunca habrá estado aquí, y no relacio narán su muerte con la factoría Housemann. y menos aún conmigo... Sí. tengo que hacerlo cuanto antes.

Cargó con el cuerpo de Jenny, que envolvió en una tela blanca hallada en el almacén de material. Se asomó primero para ver si Gus Corey estaba a la vista. No le vio en el patio ni en la garita de la entrada. Allá, lejos del pabellón de investigación química, vio bailotear a través de los copos de nieve el resplandor de una luz en movimiento.

Se trataba sin duda de la linterna de Corey en su ronda habitual. Estaba lejos. Aprovechó el momento. Eludiendo la zona donde la nieve reflejaba crudamente la luz de los ventanales, corrió a su coche, cargando con el cuerpo de Jenny Kirk.

Abrió el portamaletas y lo introdujo dentro. Cerró, con un suspiro de alivio, y dirigió el coche hacia la salida, haciendo sonar tres veces el claxon. Corey acudió rápido, con su linterna en la mano.

—Ya va. ya va. señor Ellis —dijo solícito—, ¿Terminó su tarea?

—Sí. Gus. ya acabé por hoy —dijo Desmond con toda su sangre fría, sentado al volante del coche. Le tendió un billete de cinco dólares—. Tenga, por las molestias.

—Oh, señor Ellis, no tiene que darme nada...

—Vamos, tómelo. Para que se tome una copa a mi salud. Gracias por todo.

—Siempre a su disposición, señor Ellis —fue lo que dijo el viejo Gus, tras franquearle la salida.

El coche de Desmond se perdió en la carretera, de regreso a Rutland.

Pero a mitad de camino se metió por una ruta vecinal. Paró el coche en un bosquecillo alfombrado totalmente de nieve, y abrió el portamaletas, dejando caer el cadáver en el blanco elemento. Luego, con rapidez, inició el regreso a la autopista, seguro de que la copiosa nevada que caía en estos momentos, no tardaría ni una hora en borrar cualquier huella de calzado o de neumáticos en la esponjosa alfombra.

CAPITULO VI

Valerie dominó con dificultad un estremecimiento cuando. al bajar del coche, Frank fue hacia ella con rápido paso, tomando las manos frías entre las suyas, fuertes y decididas.
—Lo siento. Val —dijo roncamente el joven, mirándola a los ojos—. Hubiera dado algo por evitarte esto. Pero tengo entendido que erais compañeras y amigas...
—Así es —musitó ella ahogadamente. Y tuvo que apoyarse en él para que sus rodillas vacilantes no cedieran. Miró alrededor, a ¡a acera manchada de nieve, a la calle gris y gélida en la mañana dominical, inclemente y hosca. Una igle sia cercana hacia tañer las campanas de las once lúgubremente. casi como un toque a difuntos—. ¿Estás totalmente seguro de que es ella. Frank?
—No, totalmente, no. Tenemos su anillo con una inscripción que dice: «A Jenny, de su hermano Ross.» He sabido que Jenny Kirk tiene un hermano de ese nombre, actualmente trabajando en Europa.
—Es cierto —musitó Valerie. cerrando sus ojos un momento—. Dios mío. no puede ser cierto. Pero tu descripción por teléfono, diciendo que era morena, algo rolliza, no muy alta...
—Está bien, vamos. Puede tratarse de una coincidencia. El doctor Flaherty dice que tiene residuos de productos quí micos en las uñas, ácidos en su mayoría. De ahí surgió la posibilidad de que actuase en alguna industria química cercana. Tardamos sólo una hora en saber que una tal Jenny Kirk trabajaba en la Housemann. justo en tu misma planta de investigación, y que anoche no volvió a casa. Su madre está enferma, no quise que viniera ella a identificarla. Val. Y pensé en ti...
—Sí, entiendo. Vamos allá. Frank. Si es ella, supongo que tarde o temprano tendré que admitir lo sucedido... Dios mió, pobre Jenny. Tan llena de vida el viernes, cuando bro meaba conmigo y con Ellis. Y ahora...
—Calma, querida. Aún no podemos estar seguros de nada. Esto no va a ser agradable, te lo advierto. Pero lo considero necesario.

Asintió la joven. Echó a andar apoyada en el brazo de Frank. Tras de ellos se movió pesadamente el sargento Harris. manteniéndose silencioso. El largo corredor de la Morgue local. blanco y aséptico, les condujo al depósito. Tras una vidriera, un hombre de bata blanca y aspecto indiferente, les llevó hasta los cajones frigoríficos del siniestro lugar.
Frank miró de soslayo a Valerie. Estaba muy pálida, demudada. Apretó los labios, lamentando tener que hacer aquello con ella. El cajón sonó huecamente al abrirse. El bulto de tela blanca con una etiqueta numerada, hizo estremecer a la muchacha.

El empleado cambió una mirada con Loomish. Este asintió con la cabeza.
Alzaron la sábana. Valerie miró el rostro amoratado, desfigurado. bajo la tela blanca. No pudo evitar ver la serial espantosa de unos dedos monstruosos en el cuello de la víctima. Tembló, girando la cabeza. Se aferró a Frank.
—Vamonos, te lo ruego —susurró roncamente, a punto de llorar.
El afirmó. Se alejaron, mientras el cajón volvía a cerrar se. Frank preguntó por simple rutina:
—¿Es ella. Val?
La joven asintió. Luego, su voz fue un murmullo apagado:
—Sí. Es Jenny... Pobrecilla...

Salieron de la Morgue. Justo a la entrada, se cruzaron con alguien que llegaba en ese momento en un coche particular. La luz gris de la mañana invernal hizo un débil reflejo en las lunetas de sus gafas. El recién llegado se paró, turbada la expresión. Hizo un gesto desganado a Loomish y miró a la joven con inquietud.
—Hola... —saludó. Tragó saliva y se mesó los pelos ralos y rubios con mecanismo nervioso—. Val, ¿cómo estás?
—Mal —musitó ella, vacilante—. ¿Cómo puedo estar, Des?
—¿Es... es ella? —indagó Desmond Ellis, haciendo un gesto elocuente hacia la entrada de la Morgue.
—Sí, es Jenny —susurró Valerie.
Desmond no dijo nada. Suspiró, echando a andar hacia el interior en compañía de un policía, seguido a alguna distancia por el sargento Harris. Frank miró en torno. Llevó a Val hacia una cercana cafetería.
—Toma algo —dijo—. ¿Un brandy te irá bien?
—No, Frank. No bebo nunca por la mañana. Mejor un café. Me irá bien.
Frank pidió dos cafés solos. Se sentaron en una mesita junto al ventanal. Varios coches policiales estaban aparcados ante la Morgue. En otro automóvil, llegó Randy Fox. del Sun, cámara en ristre, que penetró a paso de carga en el depósito municipal de cadáveres de Rutland.
—Es terrible —dijo Frank por decir algo—. Toda la ciudad está aterrorizada.
—Son muchas mujeres. Frank. Todas víctimas de ese monstruo...
—Así es. Fay, Maggie, Muriel, Kathy... y ahora Jenny.
—¿Por qué precisamente Jenny?
—No lo sé. Todas tenían algo en común: les gustaban demasiado los hombres. ¿Qué sabes de tu compañera en ese sentido?
—Poco. La veía siempre trabajando. Adoraba su profesión. Pero

supongo que le gustaban los chicos, como a cualquiera. A veces se insinuaba a los compañeros, sí. Era un poco frivola. Sabía que a los hombres os gustan las formas llamativas. Y ella las tenía. En ocasiones se cambiaba de ropa sin importarle que la vieran en ropas íntimas sus compa ñeros varones. Pero eso parece inocente, después de todo —No debía serlo tanto. Es duro decírtelo, precisamente a ti, pero... tenía residuos de semen en sus muslos y en su rostro y pechos.
—Entiendo —se estremeció Valerie, evitando mirarle mientras daba vueltas al café—. ¿Violada?
—No, no. Eso es lo raro. Nunca viola a sus víctimas. Tal vez sea un impotente, uno de esos chiflados que sólo disfru-tan haciendo daño... o matando.
—Dios mío... —tomó un sorbo de café. Le temblaba la mano fuertemente—. Frank, vi su cuello, no pude evitarlo Me lo habías contado, pero visto así... es peor aún.
—Sí, es tremendo. Nunca vi nada igual. Parece una mano humana, unos dedos de ser humano, pero... absolutamente monstruosos. Su tamaño no podría pasar desapercibido en nadie. Por eso pensé en una mano ortopédica. El doctor Fia herty insiste en que las huellas del estrangulador son de piel humana, no de plástico.

Tomaron el café en silencio. Frank ofreció un cigarrillo a Valerie. Ella aceptó. Fumaron, mirándose de vez en cuando sin pronunciar palabra. En la calle, una vez más, volvía a nevar. Eran pocos copos, ligeros y espaciados. Pero podía volver a nevar otra vez durante horas.
—La nieve borró las huellas —recitó Frank, como hablan do consigo mismo, la mirada perdida en el cielo plomizo— El asesino debió ir allí con el cadáver y tirarlo a la nieve No había señales de lucha o de persecución en el bosquecillo —¿Donde lo encontrasteis? —En Gifford Woods.
—Eso está cerca de la carretera nacional cuatro, camino de los laboratorios...
—Lo sé. Debió ocurrir anoche, entre ocho y diez. Es difícil precisar el rigor mortis a causa de la temperatura reinante. No estuvo en la factoría Housemann, lo he comprobado ya. A veces sí iba a trabajar en sábados y domingos, pero no ayer. El conserje la recordaría perfectamente. Sólo fue a trabajar ese compañero tuyo que nos cruzamos antes, Desmond Ellis.
—Oh, sí. Des siempre tiene esa manía. Es un obseso de su trabajo, anda investigando cosas nuevas sobre fertilizantes, abonos y todo eso. Jenny también lo era. Tal vez iba a los laboratorios cuando la sorprendió el asesino.
—Es lo más probable, sí —admitió Frank pensativo—. Voy a tener

mucho que hacer hoy, Jenny.

Pero puedo llevar te ahora a casa.
—No se moleste, teniente —dijo una voz suave a sus es paldas—. Yo mismo puedo encargarme de eso. No tengo na da que hacer en todo el día.
Se volvieron ambos. Frank arrugó el ceño, contemplando al rubio y nervioso joven de gafas bifocales que entraba en ese momento en la cafetería, con expresión de haber visto un fantasma momentos antes.
—Ah, ¿es usted, Ellis? —le mostró un asiento—. Acomódese, por favor. ¿Café, un brandy...?
—No, gracias —rechazó. Desmond, sentándose con ellos—, Nunca bebo alcohol, salvo cuando me encuentro decaído. Tomaré café, como ustedes.
—Bien. Yo les dejo, en ese caso —se puso Frank en pie, dejando un billete para pagar las consumiciones—. Te llamaré después de comer. Val. ¿Estás mejor?
—Sí, un poco —asintió ella débilmente, con un amago de sonrisa.
Frank se inclinó, besando sus labios descoloridos y fríos. Oprimió con calor su hombro, y se alejó, haciendo una inclinación hacia Desmond Ellis.
—Yo la llevaré a su casa en seguida, teniente —dijo éste, mientras el joven policía abandonaba el establecimiento, para reunirse en la calle con el sargento Harris. el doctor Fia herty y otros funcionarios de Homicidios.

Valerie apuró su café mientras Desmond apenas si tocaba el suyo, mirándola con fijeza. Tras un prolongado silencio indagó él:
—¿Tuviste que ver a Jenny? —Sí —tembló Valerie—. Fue espantoso.
—Así es. Pobre chica... ¿Quién pudo hacer eso? —No lo sé. Un monstruo loco anda suelto. Des. Todas las mujeres peligramos. —No, tú no...
—¿Yo no? ¿Por qué dices eso? —ella alzó los ojos, mi rándole sorprendida.
—Bueno, tú... eres diferente —él tragó saliva, desviando la mirada—. Esas mujeres que mataron... todas ellas eran poco honestas al parecer.
—¿También Jenny? —dudó Valerie—. ¿Tú crees eso? —No puedo saberlo, pero... a veces había observado su comportamiento. No era tan formal como parecía. En fin, no era como tú. Val.
—Eres muy amable —suspiró la joven—. Pero eso no me hace sentir más segura. Ni siquiera sabemos por qué las ma ta. Dice Frank que nunca ha habido violación.
—Tal vez el asesino odie a cierta clase de mujeres, como le sucedía a

aquel tal Jack, el Destripador. en el Londres Victoriano. A una chica como tú, nadie podría desearle daño alguno, estoy seguro. De todos modos, hará bien tu novio en no dejarte sola de noche. Ahora, cuando menos, te deja en buenas manos. ¿Adonde quieres que te lleve?
—A casa, por favor. Cae cerca de la tuya. Podemos ir por Arlington Road para mayor facilidad. Podrías dejarme a la altura de tu casa y seguir el camino a pie.
—Ni pensarlo. Te llevaré hasta la puerta y luego volveré a casa — rechazó de plano Desmond Ellis, levantándose sin tomar siquiera un sorbo de su café.
Salieron, dirigiéndose al coche del joven químico, aparca-
do frente a la Morgue. Valerie se sentó junto a Desmond y éste puso en marcha el vehículo.
Rodaron a escasa velocidad por la población nevada. En muchos puestos de venta de periódicos, junto a los suplementos dominicales a todo color, era posible leer los titulares de los diarios más sensacionalistas, como el Sun:

«LOS DEDOS ASESINOS MATAN OTRA VEZ.» «¿CUANDO SE VAN A DETENER LOS CRÍMENES DEL MONSTRUO DE LOS DEDOS GIGANTES?» «¿QUE HACE LA POLICÍA PARA RESOLVER EL CASO DEL ASESINO LOCO?»

—No sé por qué han de insistir tanto en la locura del criminal — comentó Desmond con tono de fastidio, al enfilar Arlington Avenue—. ¿A quién le consta que se trate de un demente? Puede ser un hombre perfectamente equilibrado...
—¿Con esa mano? ¿Asesinando a tanta mujer indefensa? —Valerie rechazó la sugerencia de su compañero—. Por fuer za ha de estar loco.
Desmond calló, mordiéndose el labio inferior. Redujo la marcha al llegar a la altura de su casa. La mansión de los Ellis se destacaba, recortando su estilo Victoriano, muy propio de Nueva Inglaterra, contra el celaje brumoso y lúgubre.
—Val, ¿qué tal si hacemos un alto, entramos en casa y tomas algo? De paso, te presentaré a mi madre. Estoy seguro de que se sentirá encantada de conocerte...
—Bueno, si es sólo un momento... —aceptó indiferente—. Supongo que no le molestará a estas horas una visita inesperada.
—¿A mamá? Oh, no, nada de eso. Seguro que ya habrá vuelto de los oficios religiosos dominicales. Acostumbra a ir temprano. Vamos, serán sólo unos minutos, palabra.
Detuvo el coche ante la casa. Entraron en ella con la llave de Desmond. Este se quitó su gabán y despojó a Valerie de su abrigo,

colgando ambas prendas en el perchero del hall. Luego llamó con voz potente:
—¡Mamá, mamá! Hay una visita. Quiero presentarte a mi compañera de trabajo, la señorita Crandall...
No respondió nadie. Desmond asomó al gabinete de la planta baja y recorrió otras dos habitaciones antes de regresar junto a Valerie.
-Me equivoqué -dijo sonriente-. Hoy ha debido ir más tarde a la iglesia. No importa, esperaremos unos minutos Si no vuelve, te llevaré a casa. ¿Tomas algo?
-No, gracias. No me apetece nada -suspiró ella- Aún , tengo el recuerdo de lo que he visto hoy en el depósito Des No puedo pensar en otra cosa.
-Sí, yo también. Todo es tan horrible... En fin. dejemos eso ahora. Estas en mi casa, y eso es algo maravilloso. Siem pre deseé que entrases por esa puerta.
—¿Yo? —Val miró sorprendida a Ellis—. ; Por qué yo precisamente?
— Bueno, no sé... —Desmond enrojeció vivamente— Siempre te he tenido aprecio, respeto. Ya te dije que eres diferente a las demás. Si hubiera encontrado una chica como tu antes de casarme con Agatha...
—No te hubiera servido de mucho —sonrió Valerie— Estoy comprometida, recuerda. Voy a casarme esta primavera
—¿Con... con ese policía, Loomish?
-Por supuesto. ¿Y tú? ¿Qué piensas hacer? ¿Te divorcias de tu mujer tal vez?
-¿Divorciarme? No... no sé -sacudió la cabeza, inseguro, nervioso. De pronto tomó una decisión-. Espera un momento. Voy a mostrarte algo que nadie vio jamás
Entró rápido en el gabinete donde acostumbraba a estar siempre su madre, leyendo o haciendo algo. Tardó unos momentos. Al volver, traía una pequeña llave dorada en su mano sudorosa. Parecía inquieto, crispado por algo
-Ven, sube -invitó-. ¿Quieres ver la cámara nupcia
-¿Que cámara? -se extrañó Valerie. cuya mano había sido tomada por él. arrastrándola suavemente hacia la escalera del fondo.
—La mía. La nuestra. De Agatha y mía. Se cerró la misma noche de su muerte —explicó Desmond apresurado—. Juré que nunca se abriria. salvo para que entrase en ella una mujer limpia, digna y honesta. Tú eres esa mujer.
—Des, no sé si debo... —Valerie empezaba a mostrar re ticencia, desconfianza hacia los ofrecimientos espontáneos de su compañero de trabajo—. Yo no soy la indicada, ¿por qué no esperas a traer aqui a una novia tuya para eso?
—No, no —insistió él—. Quiero que seas tú quien la vea. Significa mucho para mí, palabra. ¿Acaso quieres... negarte a ello?

—No, Des, está bien —aceptó ella, resignada—. Veamos esa cámara nupcial. Pero no quisiera que se despertaran en ti recuerdos ingratos.
—¿A tu lado? No, eso es imposible, querida... Ven, sube.
Subieron. Por el camino, él iba hablando locuazmente, de forma casi frenética.
—He olvidado a Agatha. La desprecio. Nunca más volveré a su lado. Pediré el divorcio mañana mismo, diga mamá lo que diga. A ella no le gusta el divorcio, ¿sabes? Está chapada a la antigua, es muy religiosa, ya me entiendes... Pero yo debo decidir.
—Claro que debes decidir tú —asintió ella—. Eres joven aún, puedes rehacer tu vida con otra mujer digna de ti. No es tu madre, por mucho que la quieras, quien debe decidir por ti en estas cuestiones. Des.
—Quiero que veas la cámara nupcial —él apenas si la oía—. Lleva dos años largos sin abrirse para nadie. Tú vas a ser la primera en verla. Estoy seguro de que será una liberación para mí.

Los fantasmas del pasado dejarán de existir para siempre... Allí está el ajuar, los regalos de bodas, todo... Esperando a otra mujer. A la segunda señora Ellis, la definitiva.
Valerie miraba de soslayo a Desmond Ellis. Le notaba extraño, diferente. No era el joven eficiente y simpático de los laboratorios. Era otra persona. Aquella casa parecía tener una atmósfera especial, que pesaba sobre él como una losa. Se podía casi respirar algo obsesivo, inquietante. Incluso... siniestro. Era una idea tal vez redícula, pero a Valerie se le ocurrió cuando llegaban a la planta alta y, de la mano siempre de Desmond, avanzaba hacia aquella puerta cerrada, al fondo del corredor.
—Vamos, vamos —invitaba él con infantil impaciencia. Llegaron ante la pesada puerta. Valerie observó la herrum bre en la cerradura, pese a la pulcritud de la limpieza de la misma en el exterior. Con premura, pero temblándole desu sadamente la mano, y tras una furtiva mirada en torno, Desmond introdujo la llave en la cerradura. La hizo girar con alguna dificultad. Chirrió en el enmohecido engranaje. A Valerie aquel chirrido le hizo recordar algo tétrico, tal vez el sonido de un ataúd al ser abierto...
—Ya está —dijo Desmond, con alivio, como un niño que acaba de abrir la alacena para robar un frasco de compota—, Ahora, la otra puerta...

Abrió la pesada hoja de madera, que emitió otro largo chirrido de bisagras oxidadas. Tras la misma, se veía una segunda puerta, separada como cosa de tres pulgadas de la primera, en sólida madera forrada de paño claveteado, color malva. Un fuerte olor a lugar cerrado e incluso a podredumbre y moho, llegó a su olfato,

mareándola.
—Vamos. Des, es mejor dejarlo así —pidió la joven, inquieta—, Se hace tarde, debo volver a casa...
—Será sólo un momento —susurró él, en éxtasis, empu jando poco a poco aquella segunda hoja de madera forra da—. Unos minutos, palabra... y podrás irte. Val.
La segunda puerta cedió. Un interior profundamente oscuro se mostró ante ellos. De él surgía el fétido hedor a lugar cerrado, a algo putrefacto tal vez. Incluso era posible que
hubiera ratas allí dentro. Ratas muertas, a juzgar por el olor
—No es muy agradable —jadeó Desmond—. Dejaremos esto abierto ya en lo sucesivo. Que le dé el aire, la luz del sol... Veamos, el interruptor de la luz ha de estar por aqui...
Rebuscó por el muro. Lo encontró e hizo girar. Chascó, pero no se hizo la luz.
Desmond lanzó una sorda imprecación de disgusto. Miró a Valerie, con aire de disculpa.
—Lo siento —balbuceó—. La bombilla debió fundirse hace tiempo. Veamos si puedo abrir los balcones. Llevan tanto tiempo ajustados...
Rebuscó en sus bolsillos. Halló un librito de fósforos. Valerie observó que era de color azul, con unos labios de mujer en tono fresa y un nombre: Kiss Club. Desmond prendió uno. Una débil llama brilló en la oscuridad húmeda y hedionda.
—Mira, aún brillan las vajillas del regalo de bodas... —susurró.
Era cierto. Aunque con una densa capa de polvo, cubiertos, vajillas y copas brillaron a la mortecina claridad, bajo telarañas y polvareda grisácea. Por alguna parte se oyó correr algo vivo. Valerie sintió un escalofrío y aferró el brazo de Desmond.
— ¡Ratas! —gimió—. Vamonos de aquí, Des, por favor...
—Cálmate —la confortó él, con una sonrisa—. No es nada. Huyen de la luz. Las exterminaré hoy mismo, palabra. No te harán daño. Ven, veamos la cama con dosel, las ropas de novia de Agatha... Las dejó colgadas en la silla, tras desnudarse... Ni siquiera se las llevó consigo, me lo dijo mamá...
Avanzaron. Las pisadas de Valerie en la oscuridad apenas salvada por el resplandor difuso del fósforo, eran inseguras y vacilantes. La joven tenía miedo. No sabia a qué, pero tenía miedo, lo admitía sin avergonzarse.
La luz se apagó. Valerie lanzó un grito y se aferró a Des mond Ellis. El la calmó, prendiendo otro fósforo. Vio flotar su rostro pálido y difuso en la penumbra amarillenta, como una máscara. Tampoco la tranquilizó su presencia.
—Des. por lo que más quieras, ya he visto suficiente —habló Valerie con tono ronco—. Quiero salir de aquí...

-
—Ahora mismo saldremos. Mira, ahí está el lecho... Espera, intentaré abrir los balcones...
La mancha de luz se alejó, bailoteando en las tinieblas, y el manchón blancuzco de la gran cama con dosel se borró en la negrura, mientras Desmond iba a los balcones y forcejea ba con los postigos fuertemente ajustados.
Se volvió a apagar el fósforo y prendió un tercero. Resopló, volviendo junto a Valerie.
—No puedo moverlos —dijo—. Se encajaron demasiado. Luego lo intentaré con más calma. Ven, usaré los fósforos. Y saldremos de inmediato, Val.
Haciendo un último esfuerzo por soportar unos segundos más dentro de aquel viciado y tétrico lugar. Valerie avanzó unos pasos, pegada siempre a Desmond, la mirada fija ante sí, en lo que borrosamente iba revelando la llama del fósforo en las tinieblas.
—Mira, Val... —musitó Desmond con voz crispada—. La silla, el vestido de novia...
Era cierto. Valerie contempló las gasas y tules blancos, ya amarillos por el tiempo, carcomidos por las ratas y por la acción del abandono, tal como fueran depositados en el respaldo de una silla tapiada de raso granate. Incluso los blancos zapatos con una hebilla plateada, que ahora era verdosa, aparecían al pie de la silla.
—Falta el velo, la toca... —musitó Valerie—. Y el ramo de azahar...
Un temblor convulso sacudió a Desmond. Recordó la figura impúdica de Agatha, con sus muslos separados, las blancas medias, el liguero, el tul a la cabeza, el azahar entre las manos, ofreciéndose soez como una ramera.
—Sí... —jadeó—. El velo, la toca, el azahar, las medias..., el liguero... Todo eso lo llevaba ella, maldita zorra obscena...
Valerie le miraba con sorpresa. Estaban ante el dosel majestuoso, de cortinas corridas sobre el lecho. Una cama de otro tiempo. Como la sala misma, que parecía extraída de una pesadilla medieval. La luz de la cerilla alumbró el tono púrpura del dosel sobre el lecho nupcial. Un espejo distante,perdido ente sombras, polvo y telarañas, le devolvió la ima gen fantasmal de sí misma, como un espectro flotando en las tinieblas. Valerie respiró hondo, sintiendo frío en su espina dorsal.
—Mira el lecho. Valerie —susurró Desmond, casi en éxta sis—. ¡Míralo! Podría ser tuyo, tuyo y mío... ¡Tú serias la única en ocuparlo. Val. querida mía!
Asustada, le miró con inquietud y casi terror ahora. No le gustaba el tono de Desmond. no le gustaban sus palabras. Se arrepentía de haber subido con él hasta allí, para sumirse en aquel clima obsesivo y casi angustioso, que parecía al margen de la misma realidad, en un

mundo de sombras, espectros y horrores desconocidos.
Tal vez por eso. cuando Desmond Ellis alzó la cortina púrpura del dosel. Valerie desvió la mirada para no ver el rostro trémulo, crispado, casi irracional, de su joven acom pañante.
Y eso fue lo peor de todo.
Porque Valerie se enfrentó entonces al mayor horror imaginable.
El lecho aparecía ante ella, con su amplitud, sus sábanas de raso, su embozo abierto, las ropas levemente revueltas...
Encima de ese lecho yacía algo horrendo, escalofriante.
Una calavera de vacías cuencas y descarnada sonrisa éter na en su rostro de hueso amarillento, tan sólo con una larga melena rojiza en torno, y una toca y tul de novia encima, la contempló desde las ropas de la cama, tendida cuan larga era. reposando su espantable cabeza sobre la almohada con las iniciales D.E. bordadas en oro. mientras los huesos de sus descarnadas piernas, mostraban con grotesca flaccidez la presencia de dos medias blancas y un liguero. Un reseco ra mo de azahar había escapado de las manos peladas, huesu das. de aquel esqueleto femenino, horripilante y dantesco.
Bajo el esqueleto, manchas ostensibles de putrefacción re velaban que. lentamente, aquel cuerpo se había podrido allí hasta convertirse, entre la hediondez y las ratas en el miserable ser huesudo que era ahora.
Una daga de larga y afilada hoja atravesaba de parte a parte las costillas del cadáver, en el punto donde alguna vez hubo un corazón, emergiendo su punta afilada por entre am bos omoplatos.

Valerie exhaló un alarido desgarrador, terrible, de incontenible pánico, de pavor infinito. Desmond, al contemplar con ojos desorbitados el esqueleto nupcial en el lecho, también profirió un chillido de horror y, precipitándose sobre el cadáver, lo giró dando una vuelta violenta al mismo, para no ver aquella faz huesuda, vacía y terrible, que parecía contemplarlos desde el más allá con sardónica ironía.
Quedó el cuerpo huesudo de espaldas, con la afilada pun ta de la daga emergiendo del desgarrón del velo nupcial, tan acusador y terrorífico como cuando podían contemplarlo bo ca arriba.
—¡Agatha! —aulló Desmond, despavorido—. ¡Agatha! ¡No, Dios mío! ¡Ella..., ella nunca salió de aquí, de esta cámara! Pero..., pero ¿quién la mató, cielos, quién?
— Yo, hijo mío —dijo una voz glacial a sus espaldas.
Y una rígida, erguida figura de mujer, entró en la cámara nupcial, convertida durante años en cámara ardiente para un cadáver vestido de novia. Cerró tras de sí las dos puertas.
haciendo girar la llave en la cerradura.

En una mano de la recién llegada brillaban las luces de un candelabro de tres brazos, dando un resplandor dorado y fantasmal al siniestro lugar.

Valerie, demudada, temblando de terror, contempló a la mujer de pelo blanco y rostro altivo, inescrutable y cruel co mo una máscara, mientras Desmond gemía ahogadamente: —Oh, mamá, mamá... ¿Por qué..., por qué tuviste que hacerlo, por qué?
—Porque tú nunca tuviste valor para hacerlo por ti mis mo, hijo —sentenció Glenda Ellis con voz grave y profunda, fría como la nieve que caía en el exterior—. Espero que ahora sí tengas el suficiente valor para matar a esa otra mujer..., o tendré que hacerlo yo otra vez, hijo querido...

CAPITULO VII

—No. teniente. Valerie no ha vuelto, aún, lo siento. Ima giné que estaba con usted...
Frank Loomish dio las gracias a la madre de Valerie y colgó, pensativo.
—Es raro —dijo—. Se habrá entretenido con ese compañero suyo de trabajo, el tal Ellis. Si al menos ha podido olvidar el mal trago de esta mañana...
El sargento Harris. que hacía unas anotaciones en su bloc. alzó la cabeza con aire distraído.
—Oh. ¿se refiere a Desmond Ellis. teniente? —indagó.
—Sí. al mismo. Quedó en llevar a Valerie a casa. Traba jan juntos en Housemann.
—Vaya, es curioso.
—¿Qué es curioso, sargento?
—Que ese Ellis trabajase donde Jenny Kirk.
—Otros muchos trabajan en Housemann. ¿Qué tiene eso de raro?
—Oh. nada en sí. Pero le relaciona con Jenny Kirk de algún modo, ¿no, teniente? Y como también parece ser clien te del Kiss Club, donde iban Muriel y la rubia aquella. Kathy Hodger...
—¿El Kiss Club? —Loomish se volvió en redondo, con sorpresa—. ¿Por qué dice eso. sargento? No sabía que Ellis fuera asiduo de ese local...

—Pues mire, debe serlo —rió Harris, buscando en su cajón—. Olvidé devolverle este paquete de tabaco y esta carterita de fósforos que perdió ayer, al caerse en la calle cuando yo patrullaba...
Tendía a Frank ambos objetos con gesto indiferente. Loo mish se puso rígido, tomándolos con expresión distante. Una débil luz chispeó en el fondo de sus pupilas y se tornó luego centelleante. Apretó sus dedos con insólita fuerza, haciendo crujir el celofán del paquete de cigarrillos al arrugarlo. —Harris... —jadeó, con voz tenue. —¿Sí? —el sargento le miró con gesto de extrafleza. —Harris, creo que tal vez sea un disparate, una locura. Pero se me ha ocurrido algo... —No le comprendo, teniente.
—Buscamos a un hombre respetable. «Un chico íntegro, respetable, de la mejor condición», ¿recuerda? Lo dijo aquella chica, Corinne Danvers... Un habitual del Kiss Club se gún Francen... Con manos normales, tal vez incluso más pequeñas de lo habitual en un hombre...
—Pero, teniente, los dedos del asesino son... —No me interrumpa, se lo ruego —había una profunda excitación en el tono casi áspero con que hablaba ahora Frank Loomish, la mirada perdida en el vacío—. Desmond Ellis es un hombre de la mejor sociedad local. Hijo único,

mimado. Separado de su mujer, que le abandonó hace tiempo... Solitario, reservado, un buen químico... Compañero de trabajo de Jenny Kirk... Cliente del Kiss Club, como Muriel Caine, como Kathy Hodges... ¡Y ahora está con Val!
Fue como un aullido animal. Tras decir esto, arrojó el paquete de cigarrillos al suelo, aferró su correaje de la axila, con el revólver reglamentario, la chaqueta y la gabardina, y corrió con todo ello en su mano hacia la salida, gritando por encima del hombro a su subordinado:
—¡Pronto, Harris. avise a las patrullas! ¡Todos a casa de los Ellis. pronto! ¡No podemos perder tiempo... y quiera Dios que aún no sea demasiado tarde!

Se precipitó fuera de su oficina, a paso de carga, con Harris frenéticamente pegado al teléfono a espaldas suyas.
* * *
—Mamá.... mamá, ¿qué has hecho. Dios mío?
—Lo que tú no tuviste valor para hacer, hijo mío —res pondió ella fríamente, moviéndose hacia ellos con el candelabro en alto, la mirada glacial, reflejando tres llamas amari lientas en sus pupilas oscuras y gélidas—. Agatha no merecía vivir, ser tu esposa. Era una vulgar prostituta, una hembra sin pudor. Se reía de tí. se mofaba con palabras crueles y soeces de tu poca virilidad, mientras tú corrías y sollozabas allá afuera, en la calle, toda tu impotencia de marido y de hombre. No pude soportarlo. Ahí. semidesnuda. obscena, inmunda. diciendo atrocidades sobre ti. mi amado hijo... Incluso.... incluso me acusaba a mí. Decía que eras una mierda de niño con complejos de Edipo. que eras capaz incluso de un incesto, pero no de ser un hombre normal con una mujer. Me cegué. Esa daga era un hermoso regalo de nuestros ami gos. los Wallingford. un recuerdo de su viaje a Italia. Legítimamente veneciana, hermosa, larga, afilada... Se la clavé hasta la empuñadura mientras no cesaba de reír...
—Oh, no. no... —sollozó Valerie. aterrada, mirando con pavor a aquella mujer tan madura, aparentemente tan débil y hogareña, tan fría y despiadada en realidad.
La señora Ellis miró desdeñosamente a la muchacha, sin dejar de hablar ante su demudado hijo: —Tuviste que haberla matado tú. Pero no tenias valor para tanto. Nunca tuviste valor para nada en este mundo. Tuve que hacerlo yo... y decirte que ella se había ido. Esperaba que entrases aquí, que la vieras aquí, muerta, con su sonrisa maldita helada en sus labios.
Pero ni siquiera eso hiciste. Dijiste que nunca más entrarías aquí. Cerraste la puerta. me rogaste que guardara yo siempre la llave... Y así lo hice. La dejé pudrir ahí durante estos años, hasta ser lo que es

ahora, un simple despojo miserable.
—Mamá, oh. mamá... —sollozó Desmond. angustiado.
—Tú debiste haberlo hecho. Fuiste un cobarde. Desmond. Eres un cobarde. Nunca tuviste valor para nada...
—¡No. mamá! —rugió Desmond, frenético—. ¡Mientes, mientes! ¡Yo tengo valor! ¡Mucho valor...! ¡Yo..., yo he matado a varias mujeres! ¡Yo asesiné a Fay, a Maggie, a Muriel, a Kathy, a Jenny! ¡Yo soy «Dedos Asesinos»! ¡Soy yo, lo juro! ¿Lo entiendes? ¡Soy yo! Nunca me creerás, pero soy yo..., ¡soy yo'
—Sé que eres tú. Siempre lo supe —sonrió tristemente su madre mirándole con desprecio—. ¿Crees que no he leído tu Diario, que tan oculto lo tenías que no podía dar con él y leer todo lo que en él escribes?
—Entonces, mamá, tú..., tú sabes...
—Sí, hijo. Sé lo que has hecho, paso a paso. Pero eso no denota valor. Sólo miedo. Miedo a las mujeres. Miedo a la sombra de Agatha siempre... Mira tu mano. Mírala. Desmond. Está creciendo otra vez. Es esa mano la que tiene el valor, no tú. Tu mano te domina, piensa por ti... ¿La ves? Se estremece, vibra, te vence con su fuerza...
Desmond alzó su diestra, angustiado. Contempló la creciente dilatación de sus dedos, de su mano toda, creciendo en una hinchazón constante y monstruosa. Lívida, Valerie retrocedió unos pasos, mirando con pavor infinito aquella mutación escalofriante e increíble.
—Dios.... no... —gimió, tambaleante, trémula, incapaz de pensar ante tanto horror—. Eso no puede.... no puede ocurrir...
—Cuéntale tu tragedia, hijo —rió Glenda Ellis con lúgubre complaciencia—. Cuéntale lo que te sucede. Dile cómo buscando un fertilizante poderoso, que hiciera crecer las plantas desmesuradamente, te equivocaste, pobre imbécil, y diste
con algo que hace crecer los tejidos vivos, pero no los vegetales. sino los animales... Dile cómo un error de investigación química ha dado ese resultado espantoso que te condupe al crimen, porque por primera vez te hace sentir fuerte, supe rior, dominante sobre esas mujerzuelas a quienes tanto odias... ¡Mata. Desmond. mata otra vez! ¡Mata a esa mujer, a quien has traído aquí!
—No. mamá. no... —casi lloriqueó, exasperado, Desmond Ellis. sujetando con la mano sana su horrenda mano gigantesca, inflada como si fuese de goma, temblorosos y crispa dos aquellos abominables dedos, que los dilatados ojos de Valerie contemplaban desde su aterrorizada incredulidad.
—¡Mata! -ordenó abrupta ella, señalando hacia Valerie con su otra mano, la que no sujetaba el candelabro y que. sin embargo, sostenía entre sus dedos largos, marfileños de dos de vieja dama aristocrática,

unas agudísimas, centellean tes, tijeras de cocina, capaces de atravesar de parte a parte a un cerdo-, ¡Mátala o lo hago yo' ¿No comprendes que ella es como todas, que apenas salga de aquí correrá a delatarte. que acabarás tus días en un manicomio o en la cámara de ejecuciones si ella escapa viva de esta casa? ¿No te das cuen ta de que tu amada Valerie no es diferente a las demás, que sólo es una mujer como las que has eliminado, una fulana tan sucia y miserable como todas las que andan por ahí ace chando a muchachos débiles y torpes como tú?
—Oh. no. mamá, no hables asi... —jadeó Desmond como si cada palabra de ella le causara un profundo y amargo dolor, una herida candente y devastadora—. Ella no... ella es buena, ella me comprende, puede quererme...
—¡Querete! —una acre carcajada escapó de labios de su madre—. ¡Ella ama a otro, maldito imbécil! ¿Es que no lo entiendes? ¡Ella tiene un polizonte vulgar con quien casarse, y a quien revelará punto por punto cuanto aquí se dice, para verte hundido, y hundirme a mí contigo! ¡Mátala. Desmond. ten el valor al menos para eso, o tendré que hacerlo yo misma!
—¡Nooo...! —rugió Desmond Ellis, cuando su madre, convertida en una feroz arpía, se precipitó hacia Valerie, enarbolando las terribles tijeras, cuyas dos hojas puntiagudas enfilaban hacia el pecho de la muchacha.

La descargó un fuerte empellón con toda la fuerza terrible de que era capaz su mano derecha, gigantesca y poderosa. Glenda Ellis. pese a su sobrehumana fuerza, cayó hacia atrás, gritando con rabia ante la intervención de su hijo.

Trompicada, fue a rebotar contra una columna del dosel 'del techo señorial, y se desplomó encima de la cama, justo sobre el esqueleto volcado boca abajo.
Un alarido feroz, desgarrador, escapó de los labios de su madre cuando la hoja de la daga que sobresalía de las des carnadas costillas del esqueleto, se incrustó hasta el fondo en su propia espalda, clavándola contra la osamenta del cadáver nupcial, en una macabra, espeluznante fusión de cuerpos. La sangre escapó por el pecho perforado de la dama, gorgoteó en su boca y fluyó por sus pálidos labios crispados, en forma de borbotones sonoros que rompían en burbujas sanguinolentas y regueros escarlata por la comisura de la boca. —¡Mamáaaaaaaa...! —chilló despavorido Desmond al ver lo que había hecho—. ¡Oh. no, mamá, mamá querida! Se precipitó sobre ella, sin darse siquiera cuenta de que el candelabro desprendido de la mano de la señora Ellis, caía sobre las cortinas púrpura, resecas y

polvorientas, sobre las ropas de novia de Agatha Ellis. y todo aquello empezaba a prender, ardiendo como yesca, con un ruido crepitante y sordo.
—¡Mamá, mamá querida, yo no quería...' ¡Yo no quería...! —sollozaba su hijo, abrazado al cuerpo estremecido de la agonizante.
Valerie, despavorida, corrió hacia la puerta, mirando con supremo terror a las llamas que crecían y crecían en torno a
Desmond y su madre, prendiendo fácilmente en las polvorientas maderas, las ropas resecas y cuanto allí había.
El hombre de la mano monstruosa reaccionó al verla correr. Furioso, se incorporó mirando con cólera demencial hacia la fugitiva.
—¡No, Val! —aulló, exasperado—. ¡No escapes! ¡No huyas de mí! ¡Mamá tenía razón, eres como todas! ¡No debes salir viva de aquí! ¡Yo haré lo que no le dejé hacer a ella, tengo valor suficiente, se lo demostraré antes de que muera...! Y corrió en pos de Valerie, dispuesto a aplastar su hermosa garganta con sus dedos homicidas, dispuesto a matar una vez más...

EPILOGO

Todo fue simultáneo.
Valerie llegó a la puerta. Desmond tropezó con la silla donde ardían las ropas nupciales de Agatha y se desplomó de bruces, hundiéndose su rostro y su mano deforme en el fuego que ya formaba regueros sobre las alfombras, polvo y madera. Aulló de dolor, revolcándose angustiado, impotente. mientras las llamas envolvían a su madre en aquella especie de siniestro túmulo, y el cuerpo de la mujer se agitaba en sus últimos espasmos, unido grotesca y trágicamente a una osamenta humana envuelta en tules ardientes.

La puerta se abrió tras sonar dos potentes detonaciones. abatida por fuertes hombros, y el teniente Frank Loomish. el sargento Harris y cuatro hombres uniformados y con el re volver en la mano, asomaron en la entrada, contemplando con horror la tétrica escena a la luz de las llamas.
—¡Frank, Frank, Dios mío. gracias! —clamó Valerie. agotada, cayendo en sus fuertes brazos.
—Calma, querida —le confortó Frank con voz enérgica. sin dejar de contemplar aquella escena de grand-guignol que se ofrecía a sus ojos.

Las llamas, el escenario polvoriento y vetusto, el cadáver de la señora Ellis sobre un esqueleto humano, y Desmond envuelto en llamas, rodando por el suelo, con su mano monstruosa e hinchada alzada en patético gesto implorando ayuda. mientras rugía palabras incoherentes, formaban un conjunto capaz de erizar los cabellos a

cualquiera.
—Dio mío. Val —musitó Frank roncamente—. Qué horrible escena...
—Teniente, nunca vi nada igual —confesó Harris, demudado—. ¿Has visto esa mano del joven Ellis?
—Sí... —jadeó Loomish—. Espero que sepamos alguna vez qué le ocurrió realmente para una mutación así... Traten de sacarle vivo de aquí, si es posible. Esto pronto va a arder como una hoguera, con lo vieja y llena de maderas que está esta casa...
Intentaron sacar a Desmond de entre el fuego, pero fue inútil. Se había aferrado a las ropas de la cama, sollozaba abrazado a su madre, envuelto en llamas, y su mano se abrasaba. ennegreciéndose por momentos, como un aditamento monstruoso añadido al final de su brazo.

El techo ardía también, desprendiéndose sus vigas incendiadas. Corrieron fuera, sin poder rescatar a nadie de entre las llamas. Cuando llegaron abajo, el incendio se extendía ya hacia el corredor, lamiendo las llamas las viejas maderas del caserón de Arlington Road.
Cuando las sirenas de los bomberos sonaron en la distan cia, resultaba difícil imaginar que aquel incendio pudiera detenerse antes de que la casa de los Ellis resultara totalmente abrasada, con sus siniestros personajes y su tenebroso secreto envuelto en aquel fuego que parecía tener mucho de purificador.
Sollozando, presa de los nervios. Valerie caminó abrazada a Frank. en dirección al coche policial.
Atrás quedaba todo. Una pesadilla horrenda, borrada por las llamas.
—Ahora todo irá bien, querida —susurró Frank a su oído—, Todo va a ir bien desde este momento...
Besó sus cabellos y ella estalló en llanto. Pero se sentía mejor. Mucho mejor.

F I N